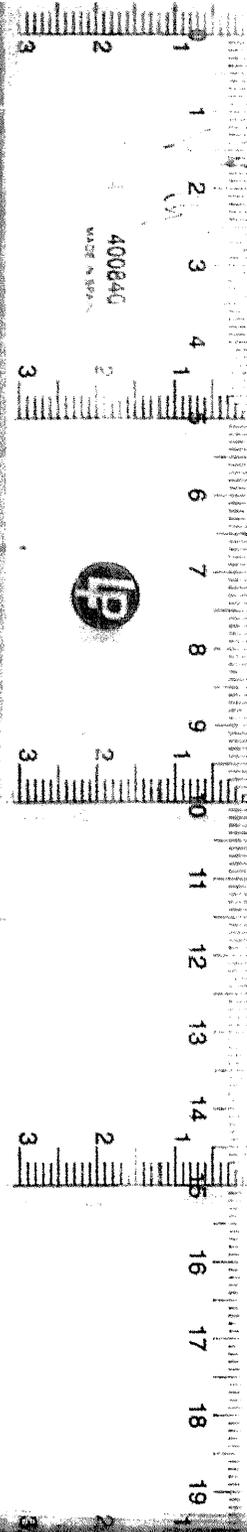


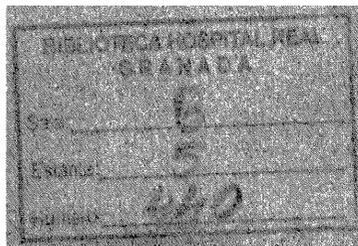
BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
DE GRANADA
Caja: L
Ejemplar: 5
Id. de lib.: 410



*aprobados por el
Junta de Examinación
General de Estudios de
E. J. Villanueva*

DISCURSOS





*Ch. in appreciation
D. Juan José García Romero
Removal of affection on*

E. J. Williams

DISCURSOS



R. 27438
Federico Rahola. — Pedro Estasén.

D. FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

LITERATO Y ECONOMISTA.

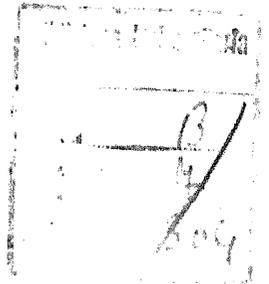
DISCURSOS

LEÍDOS EN LA SESIÓN NECROLÓGICA

que el

FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL

dedicó á la memoria de tan esclarecido patricio.



BARCELONA
IMPRESA BARCELONESA
Calle de las Tapias, núm. 4.

1892

FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

SU VIDA Y SUS OBRAS LITERARIAS

por

D. FEDERICO RAIOLA.

SEÑORES :

HUMANA y piadosa costumbre es la de practicar el culto de la religión doméstica tan grata á los antiguos, que no cesaban nunca de honrar sus muertos en el interior del propio hogar. Como los griegos y los romanos, que juntaban sus manes y penates alrededor del ara siempre encendida, en el sitio más próximo á la puerta, para que todos al entrar y al salir pudieran dirigirlas íntima invocación, así nosotros colocamos con devota mano las imágenes de los que fueron, las efigies de los ilustres antepasados nuestros en el seno de esta corporación, por cuya continuidad trabajamos con tanto ahinco, aquí, alrededor de la cátedra, verdadera ara, ya que en ella la palabra brilla é infunde calor como el fuego.

Hoy venimos aquí á traer otra imagen querida, á perpetuar el recuerdo de un varón insigne que consagró entera su vida al esplendor de esta sociedad, cuya voz llevó en cien ocasiones y cuyas ideas defendió siempre con viril energía y profundo convencimiento. Digna de estudio, por todos conceptos, es la vida de D. Francisco José Orellana, el inolvidable secretario del Fomento, á cuya memoria vengo á rendir ferviente tributo, con el mismo afectuoso celo que en tiempos remotos, el descendiente hacía ofrendas y sacrificios á los manes de sus antecesores.

Orellana nació en Albuñol, en plena Alpujarrá, el 6 de Agosto de 1820, fecha que citamos, siguiendo el ejemplo de todos los biógrafos, por más que estemos convencidos de que la data que más importa conocer en la historia de cualquier hombre es aquella en que despierta su razón y absorbe las primeras ideas su inteligencia. Debíó ejercer primordial y marcado influjo en el espíritu de Orellana, el período transcurrido desde el año 35 al 40, que corresponde al de sus quince á veinte años, edad en que el entendimiento y el corazón reciben las más duraderas é indelebles impresiones.

Por aquel entonces, hacía el romanticismo estragos en todas partes. Como dice el mismo Ore-

llana en una de sus obras (1): algunos escritores franceses acababan de imprimir un movimiento irregular, desordenado, pero impetuoso y propio para enardecer las imaginaciones meridionales, que produjo víctimas sin cuento entre la juventud apasionada. Wherter y René eran los tipos ideales á que aspiraban á acercarse todos; los Bandidos de Schiller y el D. Álvaro representaban el espíritu indómito que bullía en todas las inteligencias y agitaba todos los corazones. Era la época de Víctor Hugo, de Chateaubriand, de Lamartine.

Orellana que estudiaba en Granada jurisprudencia y humanidades, tenía á su lado á Fernández y González, á Alarcón, á Valera, pléyade de jóvenes destinados á gran renombre, todos imbuidos en las nuevas ideas, propias en verdad para exaltar la imaginación de la gente moza y las almas impresionables de los hijos del mediodía.

¿Cómo librarse del contagio? Las circunstancias sin embargo debían atenuar los ensueños poéticos de su mente al contacto de la realidad que es una gran maestra, y cuyas rudas enseñanzas aprovechan tan sólo á los que deben luchar con sus exigencias y soportar sus crueldades.

(1) *Luz del Alba*, tercera edición, pág. 302. Barcelona, 1856.

Veintiún años tenía y le cupo la suerte de las armas, en cuyo noble ejercicio pudo templar su imaginación ardorosa y sacrificar algo de su temperamento soñador en cambio de una apreciación más exacta de la vida y una idea más cierta de las cosas. Casi todos los escritores que se han consagrado á las armas al par de las letras, se distinguen por su estilo sencillo, humano y por el buen sentido y realidad de sus obras. Desde Jenofonte á Cervantes y desde César á Napoleón, se nota esa influencia sana y saludable que ejerce la milicia en la literatura, por la principal razón de que ninguna otra profesión ayuda como aquella á poner al hombre en contacto con la naturaleza y á enseñarle á conocer la vida á fuerza de despreocuparla á todas horas.

A veces el hecho más insignificante decide del porvenir de un hombre y el accidente en que no paramos la atención, suele ser el origen de nuestra fortuna ó el impulso de nuestra desgracia.

En el año 1846, siendo Orellana sargento y escribiente en la Capitanía General de Granada, compuso una poesía á Auriolos, malogrado escritor y compañero suyo, cuya muerte era reciente, y al siguiente día la publicaba un diario, con grandes elogios, á continuación de un suelto en el que se vapuleaba de lo lindo al Marqués de

Roncali, á la sazón Capitán General de aquel distrito. El superior no perdonó á su humilde subalterno esa preeminencia en que por azar se vió colocado y con el afán de demostrar su elevada jerarquía arremetió contra el pobre sargento, mandándolo, bajo partida de registro, al Regimiento de Córdoba, de guarnición entonces en Barcelona.

A este hecho casual se debe que Orellana viniera á esta ciudad, donde quizás nunca hubiese puesto los pies. De ahí cómo, por haber escrito una poesía, paró Orellana en economista, al influjo de nuestro país, cuyas condiciones especiales debían armonizar dentro de aquel cerebro las visiones del poeta con el espíritu práctico del economista.

Mientras fué soldado, colaboraba en Granada en el periódico literario *El Abencerraje*, en cuyas columnas hicieron sus primeras armas Godoy Alcántara, Valera y otros jóvenes escritores llamados á brillante porvenir, y al mismo tiempo demostraba en la Capitanía General sus especiales dotes para la organización administrativa. Uno de los compañeros de regimiento de Orellana, que conserva aún vivo el recuerdo de su llegada á Barcelona, me citaba la frase del capitán de ajustes: «ha venido un sargento segundo, que

parece una cosita, pero que vale más que todos nosotros juntos. De fijo desempeñaría mejor que yo este cometido,» refiriéndose al cargo administrativo de su incumbencia. Muy visible debía ser ya la valía de Orellana, cuando arrancaba tales elogios de sus superiores.

Gracias pues á ese traslado, que de castigo se convirtió en beneficio, la doble naturaleza poética y real de Orellana, encontró terreno abonado para desarrollarse. Cataluña influyó sin duda grandemente en la formación del original temperamento de nuestro escritor, haciendo del mismo un soñador que miraba siempre dónde ponía los pies: un economista con destellos de poeta, y un literato con ribetes de economista. Vino á continuar la tradición de Mariana, Fernández de Navarrete, Campomanes y Jovellanos, de los literatos economistas que en Cataluña tuvo por seguidores al gran Capmany, á Aribau, á Illas, y á Sol y Padrís.

A los seis meses de residir en Barcelona obtuvo la licencia absoluta. Falto de recursos, con verdadera ansia de trabajar, tuvo la suerte de conocer á Víctor Balaguer, joven como él y entusiasta, quien le puso en relaciones con el Instituto Industrial de Cataluña, ingresando en el mismo á propuesta de Aribau, que contaba ya cerca de cincuenta años.

Llega Orellana á Cataluña precisamente en el período en que se produce un doble renacimiento literario é industrial; donde quiera ven los ojos surgir el arte al lado del trabajo. Clavé infunde á los obreros el sentimiento artístico organizando las sociedades corales; Aribau escribe su oda *A la Patria*, señora del renacimiento literario de Cataluña y al mismo tiempo medita su Historia de la Producción, del Consumo y del Impuesto de España, aportando á la obra del Instituto Industrial sus grandes conocimientos rentísticos; por un lado resucitan los Juegos Florales y por otro se levantan erguidas chimeneas, mezclándose el acorde de las liras con el rumor de los telares y celebrándose los certámenes poéticos en la antigua Lonja de mercaderes.

Los inventos de la mecánica y los encantos de la poesía reaniman á la vez nuestra tierra: el amor á la patria y á su pasado reviven con el afán de progreso; la tradición surge al contacto de la vida moderna, y los antiguos trovadores y los famosos artesanos de la Edad media reaparecen, después de pesado letargo, en los maestros en Gay Saber que hacen vibrar el alma con sus himnos y en los grandes industriales que hacen trepidar el suelo con sus fábricas.

Por fuerza Orellana debió sentirse influído por

este medio ambiente que tan bien se compaginaba con sus complejas aptitudes. Muy presto debía adaptarse á esta nueva patria, donde transcurrió la mayor parte de su agitada vida, donde halló la cariñosa compañera condenada á sufrir el inmenso dolor de verle morir primero, la patria de sus hijos y de sus obras, en cuyo suelo encontraron el reposo eterno sus despojos. No fué por cierto ingrato con Cataluña, á la que rindió culto fervoroso y consagró entrañable cariño, no escaseándole alabanzas y saliendo constante á su defensa siempre que se le brindaba ocasión de hacerlo.

Hojeando sus obras, se encuentran á cada paso rasgos de su amor á la tierra catalana, á la cual nunca consideró madrastra por lo mismo que fué tratado por ella como una verdadera madre.

En su *Quevedo*, por ejemplo, disculpa la guerra de separación que ensangrentó nuestro suelo, en tiempos de Felipe IV, como sigue: (1) «Cataluña más que las otras acostumbrada á considerar la autoridad real como protectora del pueblo, concentraba en secreto su justa ira, y cuando las mismas tropas castellanas é italianas, avezadas á vivir sin pagas y á costa del botín, las

(1) *Quevedo*, pág. 843.

mismas que no habían sabido triunfar sin ayuda de los catalanes en recientes campañas, trataron á Cataluña como solían tratar á tierras enemigas, trabóse al punto una lucha sangrienta entre ellas y los naturales, quienes llevados de un odio justo pero nada ilustrado, confundieron en su rencor á toda España y cuanto de ella procediese fuera de Cataluña.»

Hablando de los catalanes se expresa del siguiente modo: (1) «Vemos á los naturales de otras provincias, que, como el que traza estas líneas, aquí llegan y se admiran y exclaman: ¿Qué, son estos aquellos catalanes rudos é intratables que nos habéis pintado? ¡Cuán mal los conocíamos! Aquí sólo encontramos un pueblo circunspecto, eso sí, que no se entrega sin reflexión al primero que le presenta su mano, pero que apenas conoce á quien trata le abre los brazos y le ofrece su amistad franca y sincera; un pueblo sensato y altamente sociable, que si es grave y adusto en el cumplimiento de sus deberes, también es alegre y bullicioso, sin desgarró, en las horas de esparcimiento, donde la virtud encuentra premio y la aplicación arrimo, donde á nadie que sea honrado y útil se le pide carta de

(1) *Reseña de la Exposición Industrial y Artística de Barcelona, 1860*, pág. 7.

naturaleza, donde los vicios se procura cubrirlos con el velo del decoro, un pueblo en fin que no es avaro de sus tesoros ni de su sangre, cuando el honor de España lo reclama y que lucha sin tregua para arraigar en el suelo español todos los adelantos de su siglo.»

En este párrafo es donde se transparenta con más relieve el acendrado afecto, la admiración profunda que sentía Orellana por esta tierra cuyo idioma hablaba y de cuya prosperidad se mostraba orgulloso, sin duda por el empeño tenaz que siempre puso en favorecerla é impulsarla.

Catalán injerto en andaluz, bajo su jovialidad ingénita encubre un temperamento reflexivo y laborioso y al par que en todas sus obras económicas tributa decidido culto á la forma literaria, en sus obras literarias deja asomar siempre al pensador y al economista. Enamorado del idioma castellano, que posee á la perfección, chocan con su buen gusto de hablista, nuestros provincialismos, giros y voces extrañas y no resiste á la tentación de enmendar para su uso cuantos escritos caen en sus manos, de anotar todas las incorrecciones que descubre, como el que tiene la común manía de enderezar los cuadros torcidos que cuelgan de las paredes, con involuntario mo-

vimiento de la mano y por el daño que causan á sus ojos. En su biblioteca puede afirmarse que no hay un solo libro sin notas de su puño y letra, siendo por demás curioso y útil su *Vocabulario de Disparates*, espiguelo feliz de gazapos y errores de dicción, exhibidos con singular gracejo y cierta animosidad que prueba su intransigencia de buena casta. Víctor Hugo decía que todo buen escritor encierra un buen gramático. Repasando sus obras, salta á cada paso su doble naturaleza, ese dualismo original, en cuyas manifestaciones se entremezclan las estadísticas y las metáforas, las imágenes poéticas y los axiomas económicos.

En su folleto *La Balanza Mercantil* (1) dice, hablando de su especial idiosincrasia: «Cuentan de Wat, el inventor de la máquina de vapor, que su mayor placer era la pereza y su mueble favorito una buena cama. El que había de hacer correr á todo el mundo, amaba el reposo.

»Una cosa parecida me sucede á mí con los números: desde niño los aborrecí, de manera que estudiaba Filosofía y aun no acertaba á comprender una cuenta de partir. Como buen andaluz preferí siempre la poesía á la aritmética: hoy mismo la prefiero á todo y es mi mayor delicia, y sin

(1) *Demostraciones de la Verdad de la Balanza Mercantil*, pág. 80.

embargo hago números convencido de que es una necesidad del siglo hacerlos y de que nadie vive de ilusiones; fuera de que también la aritmética tiene su poesía, la más bella de todas, la poesía de la verdad.»

Describiendo la plaza mayor de Madrid en su *Quevedo*, sin duda alguna, la novela mejor pensada y más gallardamente escrita de Orellana, hace la siguiente descripción de la decadencia económica de España en aquella época: (1) «No es posible hoy formarse idea de aquella sociedad brillante y fastuosa, en que el lujo llevado hasta el exceso de la frivolidad era muchas veces capa de los vicios y de la miseria.... este lujo, este boato que desarrollado inmensamente en la región de las altas jerarquías amenazaba ya invadir las últimas gradas de la sociedad era, sin embargo, á pesar de su vistoso brillo y de la importancia que esto parecía darnos á los ojos de las demás naciones, el cáncer principal que debía corroer y minar en menos de un siglo la vasta monarquía española; porque se sostenía sólo á costa de oro, y no de trabajo; porque la corte sola gastaba más que España entera producía y porque toda aquella riqueza movible iba á pa-

(1) *Quevedo*, pág. 103.

rar á manos de extranjeros por diferentes conductos.

»Y era cosa de villanos y gentecilla ruin gastar los paños duros de Segovia y sólo se llevaba el enfurtido de Florencia; ya los lienzos y sederías de Sevilla, Granada y Valencia comenzaban á decaer siendo más noble usar los de Flandes, Italia y Francia; Venecia y Génova eran nuestros banqueros y negociadores: por su conducto pasaba todo nuestro comercio, y nos llegaban las plumas, los aromas, las esencias de la India, los espejos y cuadros de Milán y Roma, los tapices de Alemania: en los banquetes monstruosos de los grandes no eran ya bastante sabrosos los vinos de la tierra y se traían los de Sicilia y Chipre. Nada de esto hubiera perjudicado á España, si ésta hubiese tenido en sus manos, como podía, la contratación de los negocios y si hubiese pagado lo superfluo con lo excedente de su producción. Pero no era así, mientras en guerras estériles para nosotros se consumía la mayor parte de los caudales de América, enriqueciendo de paso á los mismos países donde aquéllas se hacían, y perdiendo muchos millares de hombres, cesaba gradualmente la actividad de nuestros talleres, los campos quedaban incultos, y la vanidad, queriendo elevar á los débiles á fuerza de imitar los



frívolos dispendios de los poderosos, destruía los pequeños capitales y creaba la vagancia, la estafa y la picardía.»

¿No es verdad que leyendo este admirable fragmento, intercalado por azar en una novela, parece estar oyendo á alguno de aquellos escritores del siglo xvii que con tanta clarividencia y seguro juicio, pintaban los vicios de su época y delataban el origen de la miseria que se iba apoderando lentamente de España? Y al mismo tiempo surge en estas líneas el estadista sagaz, firmemente convencido de que los pueblos que no impulsan sus fuentes de producción son víctimas de su inercia y acaban por atrofiarse como los organismos que no ejercitan su actividad natural.

En el mismo *Quevedo*, á lo mejor se distrae de la pintoresca acción de la novela, para entretenerse en discurrir acerca de las cuestiones político-económicas del reinado de Felipe IV, y nos habla del alza de la moneda de vellón, que produjo la escasez del oro, puesto que los extranjeros traían de la primera y se llevaban el segundo, y de la expulsión de los moriscos que le sugiere atinados comentarios. El odio ó el desprecio, dice, con que los primitivos españoles ó que se creían serlo solían mirar á los que aparentemente conservaban la sangre mora, las preocu-

paciones de raza y las tentativas de emancipación de parte de los moriscos, hicieron olvidar que aquella multitud de seres humanos eran los principales y tal vez los únicos depositarios de la actividad, de la industria, y de muchas artes útiles; que mantenían en pie la ya demasiado decayente riqueza española, que contribuían con la mayor y más saneada parte de las rentas públicas. Los estadistas de aquella época que facilitaron su expulsión para apoderarse de sus riquezas, profesaban las máximas del labrador de la fábula que mataba la gallina para sacarle los huevos de oro (1).

Y así con observación profunda, en varias digresiones intercaladas en la novela, hace Orellana una acabada pintura de aquella época memorable de miseria y de fastuosidad á un tiempo, tan brillante para las letras como sombría para la vitalidad y la riqueza de la nación.

Al ocuparse por ejemplo de la pragmática contra el lujo, que califica gráficamente de arbitrio empírico imaginado para fomentar la riqueza pública, con el fin de contentar al vulgo muy deseoso de esta medida, deja escapar esta justa observación: «el comercio de lujo se alimentaba por

(1) *Quevedo*, pág. 368.

regla general de objetos extranjeros y éxtranjeros eran también todos los que los vendían: por consiguiente los millones que pasaban de América á España y de manos del pueblo á las de los fastuosos magnates y cortesanos, no volvían por el curso natural de las satisfacciones del lujo al bolsillo de los industriales y artesanos españoles, sino que se disipaban como el humo, yendo á enriquecer á las naciones extranjeras.»

Otras citas pudiera hacer de la misma obra que os demostrarían que no parece sino que Orellana vertió en esta novela, muchas de las ideas que guardaba para la obra de toda su vida, que ha llevado á la tumba, *Historia de la Decadencia de España*.

Hojead otro libro suyo *Luç del Alba*, y en sus páginas notaréis también esa afluencia abundosa del pensador que mana entre las concepciones vagas de la fantasía. Esta novela de concepción profunda y de fábula original y bien hallada, perjudicada algo por el desarrollo asaz pródigo en incidentes y embrollos, vicio propio de la literatura de su época, merece ser leída. Rodrigo Ponce reaparece á la vida, después de cuatro siglos de sueño hipnótico, y se encuentra en un mundo desconocido que le toma por loco, habiéndose propuesto Orellana bajo la ficción de

este personaje fantástico, retratar al pueblo español, pueblo vigoroso, inteligente, apasionado por lo grande y lo bello, pero saliendo apenas de letárgico sueño, presa de la ignorancia, sometido aún á las preocupaciones de los tiempos medios y lanzado de pronto, sin maduro juicio, al torbellino de las ideas modernas y á la admiración de los prodigios creados por los hombres despiertos; un ser, en suma, para quien ha sido nula y de ningún valor la experiencia y sucesión de los últimos siglos.

Describiendo en uno de sus capítulos el admirable panorama que se descubre desde la Vistilla de los Angeles, en Granada, se nos ofrece con extraordinario relieve el numen sacrificado á la reflexión, la fantasía soñadora cediendo el paso á un espíritu positivista y práctico. Allí están el Genil y el Darro, los poéticos ríos que inspiraron un día sus canciones juveniles, y que ahora le sugieren el siguiente diálogo (1):

— Con razón dicen (habla un inglés) que esta es tierra de muchos tesoros, pues desde aquí estoy viendo uno.

— El Genil tal vez, le pregunté: aseguran que trae plata entre sus arenas.

(1) *Luç del Alba*, tercera edición, pág. 176. Barcelona, 1859.

Sir Jorge se sonrió de una manera desdeñosa y contestó:

— Plata sí, plata, y el Darro cría oro, de que yo he visto algunas muestras, pero el tesoro que estoy mirando vale algo más que eso.

— ¿Más que la plata y el oro?

— Indudablemente: figuraos en imaginación que ese río, en vez de arrastrar indolentemente sus aguas por donde las lleva, corriese por encima de aquella loma de enfrente, cosa facilísima y de escaso costo, pues baja de una altura mucho mayor; esas aguas, que nunca se agotan, en atención á que manan de las perpetuas nieves de la sierra, conducidas por donde he dicho, equivalen bien aprovechadas y reproducidas, á la fuerza enorme de setenta ú ochenta mil caballos: representaos ahora en toda esa ribera una serie de fábricas, á que pueden dar alimento los linos y cáñamos de la vega, las lanas de los montes, la seda y el algodón de la costa; y que movidas por el agua, no echarían de menos el vapor. ¿Veis ya el tesoro? Podéis desde luego pensar que, establecido ese elemento de prosperidad, el más positivo de todos en el siglo en que vivimos, toda la falda desierta de esa montaña se convierte en una nueva ciudad. Allí se crean grandes fraguas y fundiciones, donde elaborar el hierro y otros

metales, elemento indispensable para la fabricación; más allá la química aplicada á las artes levanta espaciosos laboratorios y triplica el valor del nitro, azufre, plomo y otras mil substancias minerales que aquí abundan y se pierden; más allá se establecen vastos talleres de carpintería, también hijos de la industria fabril y todos los oficios menores reciben un acrecentamiento de trabajo; la población actual, desocupada y por consiguiente miserable y viciosa, se morigera y gana en bienestar; ella sola no basta para cubrir las necesidades cada día crecientes de la producción general y afluyen nuevos pobladores; la propiedad territorial y urbana duplica por lo menos su valor intrínseco; Granada se convierte en un gran centro mercantil, á donde acuden á proveerse los pueblos de cuarenta leguas á la redonda, que de todo carecen, menos de lo que Granada hoy tiene; pueblos que se comen lo que producen, y el dinero que unos á otros se sacan, lo envían luego á países lejanos para que los vistan. Esto no debería yo decirlo; pero es una verdad de que da testimonio tanta pobreza, en medio de tanta abundancia.

— Es cierto, es cierto, contestéle; tenemos ahí un tesoro y como ese hay muchos en España que no sabemos aprovechar.»

De esta manera entreveía Orellana, con los ojos de una imaginación positiva, el porvenir magnífico que cabría á su querida Granada si supiera aprovechar los elementos que posee, y fuese bien dirigida la actividad latente que guardan sus naturales.

Hablando de Madrid, en cambio, donde tantos desengaños encontró para sus laudables empeños y cuyo ambiente resultaba exótico para su temperamento, en la misma novela de que venimos hablando, hace un gracioso cuadro sinóptico de las industrias más importantes de la Corte para instrucción de la posteridad y guía de forasteros. En esta descripción (1), que sabe á clásico y encierra toda la malicia picaresca de Quevedo, comienza hablando de los prestamistas sobre prendas, que hacen pactos con el hambre, sigue con los prenderos, menciona á los almacenistas de ultramarinos que nada venden de Ultramar, y así va sacando á relucir los modos de vivir más importantes de Madrid con los que se hace fortuna; de fábricas no hay que hablar, termina diciendo, si se exceptúan las de guantes, sombreros y chocolate; y en cuanto á comercio hay el de comisión, donde todo lo que se vende viene

(1) *Luz del Alba*, edición citada, pág. 261.

de París, de Inglaterra y de la India: nada de España.

En la última novela que publicó, *Los Pecados Capitales*, influido por el gran éxito de *Sué*, encontramos las mismas inclinaciones que se manifiestan por manera espontánea, sacando á cada paso la cabeza el autor entre los interlocutores de su novela. He aquí cómo aconseja la forma de ocuparse en algo útil, al ocioso de *Los Pecados Capitales*: (1) «Compraría una hacienda, y en este país, donde los ricos propietarios por regla general, no saben hacer más que ostentar su vanidad, comiéndose sus rentas lejos del suelo que las produce, daría el ejemplo de la aplicación y de la economía, como ésta debe entenderse; no ahorrando y atesorando á la manera de los avaros, sino destinando los capitales y las rentas á introducir mejora sobre mejora y haciendo ver á grandes y pequeños que no hay tierra mala, que no pueda producir más que una buena, empleando en ella la inteligencia y la industria. Yo haría de mi heredad una escuela práctica de labranza; ensayaría los medios mecánicos y los métodos científicos de cultivo que han duplicado en pocos años la riqueza agrícola de otras nacio-

(1) *Los Pecados Capitales*, tomo II, pág. 315. Barcelona, 1866.

nes y probaría que la tierra es la mejor caja de ahorros y el mejor banco del mundo, pues al revés de éstos, se contenta con recibir de sus imponentes un módico interés anual por las pérdidas que sufre en sus operaciones y en cambio les entrega capitales por beneficios. Enseñaría á estas gentes atrasadas y rutinarias, el modo de convertir en oro hasta las piedras, que consiste en no contentarse con arañar el suelo y aguardar la cosecha mirando al cielo, sino en establecer junto á los campos industrias manuales y mecánicas, adecuadas á las producciones rústicas de que sea susceptible cada comarca ó localidad.»

De este modo preveía Orellana la gran transformación agrícola que se va realizando lentamente, merced á la cual, tal vez con el tiempo no haya buenos ni malos terrenos, ya que su calidad estará sujeta á la voluntad del hombre gracias á los adelantos de la química. La tierra será como al hombre le convenga, puesto que le podrá proporcionar los elementos que necesite, las substancias más útiles á su fecundidad y más aptas para determinada producción. La química que con sus progresos, ha causado daños á la agricultura, sustituyendo muchos productos vegetales con hallazgos propios, será quizás la que contribuya á levantar la agricultura del viejo

mundo, devolviendo á los suelos exhaustos y á los terrenos anémicos, la fuerza y vigor de los suelos vírgenes, fecundados por el humus de millares de años.

Con no menos buen sentido, sale al paso de la codicia, con estas palabras: (1) «Los príncipes del agio han inventado una máxima y la han dado á predicar á los sabios: esta máxima que no le habría ocurrido al mismísimo demonio, dice que el dinero es una mercancía como otra cualquiera, y en efecto, no hay ratonera sin cebo ni mentira que no parezca verdad. El dinero es mercancía indudablemente para los que trafican con él, para los judíos, para los usureros de profesión; para los demás, para la sociedad entera, es otra cosa, es un instrumento de circulación, tan necesario como el aire para los pulmones; faltando él, todo se estanca; el comercio se ahoga. Pero ¿qué importa esto? En esos ahogos de dinero está precisamente el negocio del hombre ó del pueblo que lo vende. Comprándolo donde está barato y vendiéndolo donde está caro, cada día se aumenta el capital.» Termina con esta frase de un poeta español: «O mercader ó mercancía,» en la cual se sintetiza toda la lucha económica de estos últimos tiempos.

(1) *Los Pecados Capitales*, tomo II, pág. 326

Es curioso en extremo ver cómo Orellana, á pesar de haberse acentuado, á medida que pasaban años, su afición á los estudios económicos y á los asuntos industriales, no abandonó nunca sus inclinaciones literarias.

Al contrario de esas naturalezas precoces, que condensan y parecen agotar en su primera obra toda la fuerza y el jugo de su inteligencia, comenzando por una brillante aurora que termina en mediodía pálido y obscuro, Orellana fué siempre en progresión ascendente, notándose gran diferencia entre las producciones de su juventud y las obras de su edad madura.

Recién llegado á Barcelona (1848) publicó un tomo de poesías *Lágrimas del corazón*, escritas casi todas en su adolescencia, en el cual apenas se adivina el vigor literario que debía mostrar más tarde, como esos florecimientos endebles que no dejan sospechar los riquísimos é inesperados frutos con que nos regalarán luego.

En esta colección de poesías, es donde se nota con mayor fuerza el influjo romántico. El prurito de exagerar las propias desgracias y sufrimientos, el afán de tristeza, el ansia de soledad y los lamentos contra los rigores de una fatalidad convencional, saturan todo el libro y aun penetran en el mismo prólogo, escrito por Víctor Bala-

guer, que rebosa del empeño de presentarnos á Orellana como víctima de su desdichada suerte, afirmando una y otra vez, como obedeciendo á una consigna, que sólo los desgraciados son poetas.

Nos consta que Orellana luchó en su juventud, como muchos, con su mala estrella y con la dificultad de abrirse paso, pero bien claro se advierte que hay en sus poesías la tensión violenta á que inducía la moda romántica, ese efectismo que deformaba la expresión del sentimiento como los espejos cóncavos que falsean las imágenes.

Es natural que haya dolor y amargura en sus cantos luctuosos, cuando el llanto acude espontáneo á sus ojos por la muerte de su madre y de otras personas queridas, pero aun así en la forma se observa trabajoso artificio, forzada manera que perjudica la sinceridad de la expresión. Hoy, lejos del ambiente exótico de aquella época, se descubre mucho más esa falta de relación entre la emoción sentida y la rebuscada forma de su exteriorización plástica.

Concedemos tanta importancia al carácter de esta primera obra de Orellana porque contrasta abiertamente con el buen humor, propio de los temperamentos equilibrados, que nunca le abandonaba y que no pudo faltarle en su juventud, á

pesar de todas las contrariedades. Muestra de ese ingenio regocijado, que echamos de menos en su colección de poesías, es un epigrama, digno de Marcial, que hemos leído en una de sus novelas y que no resistimos á la tentación de transcribir. Dice así:

Con el secreto mayor
planté en mi huerto un aroma,
y luego por el olor,
se supo sin saber cómo.
Con el secreto mayor (1).

Todavía es más brusco el contraste con la frescura y espontaneidad de su prosa, sencilla y natural, en cuyos giros y frases resplandece el estudio continuado de los buenos modelos.

Orellana más que poeta, había nacido prosista ó, por mejor decir, resultó prosista, llegando á ser en este concepto un literato de buena estofa. La lectura de sus novelas lo confirma; en algunas, como en el *Quevedo*, se nota el sabor de los clásicos; en otras, como en *Luz del Alba*, sobresale el dominio que del antigua habla tenía nuestro escritor, puesto que de otra manera no hubiese hablado Ruy López de Arcos, el hom-

(1) *Mundo, Dinero y Mujer*, segunda edición, pág. 385. Madrid, 1856.

bre de cuatro siglos; en todas se admira riqueza de lenguaje y galanura de estilo. Estas cualidades aquilatan también todos sus escritos económicos, cuyas ideas adquieren extraordinario relieve por la bien esculpida forma que las viste, que es en verdad la forma, principal elemento para que se abran paso los conceptos nuevos y hasta los que chocan con el público.

Una de sus últimas obras fué la *Historia del General Prim*, que escribió al influjo de la indignación general que produjo el horrendo asesinato de aquel varón ilustre. No se limitó á escribir una simple biografía, sino que condensó en torno de la vida del célebre caudillo los acontecimientos más notables de nuestra historia contemporánea.

Y con lo que pudiéramos llamar intuición retrospectiva, que campea también en sus novelas históricas, evoca las escenas pasadas, el ambiente de otros tiempos y las costumbres de otras épocas con brillante color, riqueza de detalles y carácter de realidad. Además de este aspecto pintoresco, ofrecen los dos tomos de la *Historia del General Prim* (1) el atractivo de estudiar las causas determinantes del malestar de España, enlazando la historia política con la económica, realizando

(1) Barcelona, 1871.

detenido estudio de las campañas parlamentarias, de las ideas y de los hombres de cada período, sacando provechosas lecciones del pasado y haciendo severa y justa crítica de nuestros desaciertos. Este libro de Orellana, por su profusión de datos, observación profunda y levantado é imparcial criterio, será siempre consultado por los que deseen conocer la historia contemporánea de España en el período limitado por la vida del general Prim.

Digna de mencionarse es la publicación del *Teatro Selecto Antiguo y Moderno, Nacional y Extranjero* (1), que se publicó bajo la dirección de Orellana. En todas las páginas aparece su afán por corregir los errores de que está plagado el Teatro Clásico, aunque sin esperanza de enmendar todos los que contiene, gracias á los malos tratos de cómicos, impresores y copistas. Las introducciones, notas y observaciones que escribió Orellana para esta publicación constituyen una verdadera Historia-Crítica de nuestro teatro, repleta de graves juicios acerca de los grandes autores castellanos, cuyas obras son examinadas con madurez y seguridad de criterio. Voy á permitirme repetir algunas de las ideas y opiniones de Orellana á este propósito.

(1) Barcelona, 1867.

En la *Vida es Sueño*, que considera como un poema filosófico-moral, descubre un pensamiento elevado y trascendental: la consagración del principio del libre-albedrío, como base de la responsabilidad del hombre, sustituido á la fatalidad pagana.

De Lope de Vega, reduciendo á números sus trabajos exclama: «Escribió en más de ciento treinta y tres mil pliegos, veintiún millones de versos.» No puede disimular su propensión á la estadística, al tratar de aquel prodigio de producción intelectual, del cual hace la siguiente justa apreciación: «Donde se ve toda el alma de nuestro gran poeta es en sus cuadros bucólicos, en sus pinturas de la naturaleza campestre y de los afectos sencillos del corazón.»

Adorador de la forma, reconoce en Alarcón el mejor hablista de los poetas dramáticos españoles, y hace su apología afirmando que Alarcón no gustaba porque sus comedias eran substanciales, ejemplares, filosóficas y estaban escritas con claridad y llaneza de estilo, defectos capitales para una frívola y ligera sociedad, cuyas ponderadas virtudes no eran más que afectación y cuyo gusto literario se hallaba pervertido.

Hablando de Tirso, averigua que hubo de escribir en 1623 su comedia *Por el Sótano y el*

Torno, cuando eran recientes las pragmáticas dadas contra el lujo, enlazando como solía hacerlo la literatura y la política económica, y disculpa, con elevación de miras, al gran dramaturgo del cargo que se le ha hecho por la demasiada libertad de sus mujeres, diciendo que copió mucho del natural y que sus mujeres no son por cierto menos recatadas que las de Calderón, aunque sí menos ideales, y más egoístas y vulgares que las de Lope y de Alarcón.

Basta esta ligera síntesis para convenirse del estudio profundo que hizo del teatro castellano y de la justa medida con que apreciaba á sus grandes dramaturgos.

No sólo á la literatura nacional consagró sus aficiones, sino á los grandes escritores extranjeros, encargándose de la dirección de una biblioteca destinada á divulgar los grandes poemas épicos que llevan en su seno el soplo de la inmortalidad, traduciendo entre otros el *Orlando Furioso*, con profusión de notas, en robusta prosa castellana, con el acierto y cuidado con que verificaba todos sus propósitos.

Infatigable en el trabajo, con verdadera pasión literaria, no cejó nunca en su labor, derrochando en periódicos y revistas gran caudal de ideas, innumerables proyectos, observaciones profun-

das, críticas sagaces, que de poderse juntar formarían varios tomos de provechosa lectura, pero desgraciadamente yacen perdidos en su mayor parte como todo lo que se imprime en los diarios, tan voraces como destructores, que, en el vertiginoso movimiento de nuestros días, brilla un momento para olvidarse luego; lozano hoy, mañana yace marchito tras fugaz existencia de pocas horas.

Trabajó hasta los últimos momentos de su vida, y como Moisés que muere á la vista de la tierra de promisión, cuando veía próximo y seguro el triunfo de las ideas por que había siempre batallado, traidora dolencia, abonada por los años y los achaques, arrebató aquella existencia tan útil como brillante y laboriosa. En sus últimos momentos el cerebro calenturiento evocaba las imágenes risueñas de la juventud y los problemas económicos que habían preocupado su mente, mientras los labios temblorosos, citaban, mezclándolas, cifras y datos con diálogos imaginarios y descripciones fantásticas. De modo que hasta el supremo instante de su existencia, prosigue siendo el poeta y el pensador, mantiene ese hermanamiento de la reflexión y de la fantasía que pinta en bandada, como pájaros de un mismo nido, los números siempre precisos y las ficciones vagas é indeterminadas.

Cuando yo le conocí, era desgraciadamente en sus últimos tiempos. Todavía aquella cabeza conservaba sin una cana sus abundantes cabellos, como si guardara esto relación con el vigor y entereza de su cerebro, pero la palabra sufría ya esas penosas intermitencias del asma y las piernas se rendían muchas veces á la pesadumbre del cuerpo. Era ya un organismo quebrantado por el exceso de trabajo y por el acopio de los años. Ponía rudo empeño en trabajar, pero la congoja le invadía en cuanto tomaba la pluma y el pensamiento se arrastraba perezoso en aquel superior entendimiento donde se moviera con tanto des- embarazo. Producía honda pena contemplar aquel gran obrero, trabajando aún para su susten- to, yerto y abatido, él, que había derramado tanta vida con sus obras, como esas vides, de que nos habla el poeta, envueltas por la nieve del Diciembre en tanto el vino de sus pasadas cose- chas alegre é infunde calor en lejanos países, á los ateridos de frío y á los heridos de tristeza.

Cuando sintió aproximarse la muerte, en mo- mentos de pasmosa lucidez, departió como un filósofo antiguo sobre la mísera condición de la vida humana, y después de viaticado, como si estuviese sano y bueno, llamó á su hijo para legarle el plan completo de corrección que había

ideado de su novela *Isabel la Católica*, atormentándole la idea de morir sin haber podido perfeccionar aquel fruto de su entendimiento.

Con la calma apacible del creyente sintió cómo el estertor cortaba su respiración y el frío helaba su sangre, entreviendo quizás la vaga aurora de un mundo mejor, al pronunciar estas sencillas palabras: Esto es la muerte.

Al dejar este mundo para siempre á los setenta años, al par de un gran ejemplo de civismo y de sus admirables obras literarias, dejó una estela de bondad que marca toda su existencia, lo que es para mí el timbre más preciado del hombre, de esa bondad que dignifica la expresión de la belleza y enaltece las obras del talento.

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO

DE LAS OBRAS LITERARIAS DE

D. FRANCISCO JOSÉ ORELLANA.

Lágrimas del corazón (poesías).	1 tomo.	Barcelona	1848.	agotada.
El Clavel de la Virgen (cuento).	1	"	1850.	3 edic. "
Mundo, Dinero y Mujer (novela).	1	Madrid	1853.	3 " "
Dontrán el Bastardo ó el Pastor de las Navas (novela histórica)	1	"	1853.	1 " "
Isabel Primera (id.)	3	"	1853.	3 " "
La Reina loca de amor (id.) . .	1	"	1854.	3 " "
El Conde de España (id.) . . .	1	Barcelona	1856.	2 " "
Luz del Alba (novela singular).	1	"	1856.	3 " "
Quevedo (novela histórica) . .	1	"	1857.	3 " "
Cristobal Colón (historia nove- lizada)	1	"	1858.	2 " "
Flor de oro (2ª parte de Colón).	1	"	1863.	1 " "
Los Pecados Capitales (novela).	2	"	1865.	1 " "
Teatro selecto (Español antiguo coleccionado y anotado) . . .	4	"	1867.	1 " "
Historia del General Prim . . .	2	"	1871.	1 " "
Los grandes poemas, coleccio- nados y anotados.	7	"	1873.	1 "
Orlando Furioso (traducción)..	1	"	1887.	1 "
Vocabulario de disparates. . . .	1	"		4 "

Continúa en el tomo 2.º de la obra de la Real Academia de la Lengua (1880) 2.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DEL ESCLARECIDO ECONOMISTA

D. FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

por

D. PEDRO ESTASÉN.

No perdamos nunca esta buena costumbre; honremos siempre la memoria de los que se desvelaron por el bien de todos; pues á ellos debemos en gran parte lo que somos; y al pagar estas deudas de honor y de gratitud, adquirimos nuevas fuerzas para las luchas del mundo y damos un buen ejemplo á nuestros hijos.

(D. JUAN JAUMANDREU, antiguo Presidente del Instituto Industrial de Cataluña.)

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORAS Y SEÑORES:

AL tener noticia de que esta Sociedad, por tantos títulos ilustre, había acordado dedicar una sesión necrológica á la memoria de nuestro inolvidable amigo D. Francisco José Orellana, apresuréme á ofrecer mi débil cooperación, contribuyendo con mis escasas fuerzas á honrar la memoria de aquel nuestro antiguo consultor de quien todos hemos recibido saludables enseñanzas, y en particular el que os dirige la palabra. Durante muchos años he tenido ocasión de admirarle y conocerle como economista, y he aprendido en su amabilísima é inolvidable compañía una serie de verdades económicas, cuya fórmula no se encuentra siempre en los libros y que condensan la doctrina que defiende esta Sociedad y

son hijas de larguísima experiencia, profunda observación y atento estudio de los hechos.

Orellana me enseñó á examinar los fenómenos económicos desde su verdadero punto de vista. Antes de conocerle podía tener impresas en la mente las máximas y los aforismos de que están llenas las obras de economía política, verdades de carácter oficial que pasan como tales, y que muchas veces la práctica enseña que son verdades relativas, de ocasión, de accidente; no pudiendo darles el título de verdades absolutas en el orden científico. Orellana coordinaba admirablemente la serie de fenómenos económicos, razonaba sobre sus causas y accidentes y se encumbraba á la región de los principios y de las leyes por que se rigen, sin perder jamás de vista la realidad, porque en la vida económica es lo cierto que no conviene alcanzar grandes alturas, pues se rodea uno de nieblas y celajes, y á medida que sube, como los que se elevan en globo, la tierra se aleja, huye á nuestros pies y no se ve claro lo que pasa en ella.

No vacilo en declararme discípulo de Orellana en punto á Economía política nacional, y lo tengo á mucha honra, y es por esto, que prescindiendo de mis escasos méritos, y movido por el afán de dar á conocer sus doctrinas y sus enseñanzas,

gustoso acepté el encargo de considerarle como economista, bien que luego, después que la Junta del Fomento quiso que pesase sobre mis débiles hombros tarea tan ardua y difícil, y comenzando á considerar la vida y obras del que fué nuestro antiguo consejero, me asombré de la importancia y magnitud de la misión que me confiasteis; pero ya no era posible retroceder, y aunque en el duro trance del héroe por fuerza, debía seguir adelante con mi empeño. No me culpéis si la obra no está á la altura del nombre que va al frente, ni de la grandeza y esplendor que adquirieron los hechos realizados durante su vida.

I.

No vió la luz primera en Cataluña quien fué uno de sus más ilustrados y ardientes defensores y sin duda el más constante expositor español de la doctrina proteccionista, desde mediados del presente siglo (1). Orellana vino al mundo en pintoresca población alpujarreña (2), en el seno de aquellas cordilleras andaluzas que los árabes denominaron *Montes del sol y del aire*, en aquel medio ambiente que los musulmanes encontraron adecuado para fundar una civilización tan brillante y espléndida, que por tales aspectos no ha tenido otra igual ni parecida en nuestro suelo desde entonces acá, y recibió las primeras impresiones de todo conocimiento, en el seno de aquellas cumbres donde los moriscos, en mal hora expulsados, cultivaron con singular esmero las artes y la industria (3), y en el fondo de aquellos valles convertidos en verjeles y jardines por virtud de una agricultura tan próspera y floreciente en tiempo de la dominación árabe (4), que ape-

nas pueden imitar los cultivadores más eminentes de los modernos tiempos.

No me cabe duda que allí formó Orellana su criterio en materias económicas. Estaba dotado de una imaginación brillante y á la vez de un gran sentido práctico, de una concepción rápida y de profundo espíritu de observación, y al admirar las hazañas y portentosos hechos de los antiguos pobladores de aquellas comarcas, inquietado por la comezón de saber que le devoraba, quiso conocer las causas y descubrir el secreto del misterio de tamañas grandezas. Y aquí sí que la historia debía darle la clave del enigma. Aficionado á leer y escudriñar, hojeando los Anales y Crónicas de Reyes y sabios moros, conoció la vida del Gran *Alhama*, talento organizador, protector de escritores y artistas, que fomentó maravillosamente la cría de la seda á la vez que canalizaba las corrientes de agua de la vega, daba instrucciones á albañiles y alarifes, cultivaba con sus propias manos flores y plantas olorosas, aclimatava frutas exóticas y hacía adelantar el bello arte de la jardinería con experimentos de aclimatación y con procedimientos que pasan hoy por novísimas adquisiciones de la ciencia botánica; estudió igualmente la vida de Muhamad, el rey proteccionista por excelencia que fomentó la agri-

cultura, las artes y la industria, dió con ello un desarrollo considerable á la riqueza nacional, é imprimiendo movimiento á toda clase de trabajos y actividades humanas, atrajo á su corte los capitales y las fortunas de los hombres de negocios de las más apartadas regiones; y es por esto que bajo su reinado se establecieron en Granada comerciantes de Siria, Egipto, Africa, Italia, cristianos, moros y judíos, gentes de todas las partes del mundo, y de toda clase de religiones y sectas; y así sucesivamente de la vida de Alhamar y Muhamad pasó á la de Jusuf, rey prudentísimo, y de éste, á la de otros y otros Príncipes y Soberanos, dotados de un amor sin límites á la prosperidad de su país y de una iniciativa comparada por Sedillot (5) á la de Luis XIV y Colbert, porque á estos Príncipes, admirablemente secundados por su cohorte de sabios y artistas, debió el Reino de Granada y el Califato de Córdoba todo su esplendor y toda su grandeza.

La comarca en que Orellana recibió sus primeras impresiones es fértil como un Paraíso y verde como un jardín de las Hespérides en unos puntos, áspera, montuosa y seca en otros. En la variedad de panoramas, como no pueden hallarse reunidos y agrupados en otra alguna región de España quizás, admirablemente dispuestos

por las fuerzas cósmicas, para impresionar agradablemente á una imaginación poética y á la vez despertar en un hombre pensador las más profundas reflexiones, muestra la naturaleza todas sus grandiosidades, y en las huellas que dejaron los árabes de sus obras maravillosas (6), ha impreso el arte la marca de sus perfecciones.

No hay como entrarse por el laberinto de montañas que forman Sierra Nevada, Sierra de Alfacar, Cordilleras de Jaraná, Sierra Bermeja, Alcornocal, Cerro de la Alcazaba y seguir por toda esta comarca montuosa para experimentar las más agradables impresiones, pero es preciso recorrer todos los caminos y sendas, atreverse á cruzar por sus vericuetos, andar por todos los cerros, correr todos sus valles y encaramarse á la cima de los picachos.

¡Qué hermosos contrastes! Aquí la Sierra de Elvira desnuda y pelada, con sus áridas colinas rebeldes al cultivo, en cuyo ingrato suelo ni se crían flores en primavera, ni dora mieses el estío, ni madura frutos el otoño; allá por el lado de Sierra Nevada hállase cada pueblo convertido en un jardín y transformadas en verjeles las más áridas pendientes por la constante laboriosidad de sus habitantes; más arriba en las altas cumbres, pegada á las rocas la humilde, escasa, cuanto ex-

traña vegetación de las tierras polares; y allá en las hondonadas, en las humildes playas, alamedas y sotos, selvas y valles frondosos donde se desarrollan lozanas todas las especies de la Flora Atlántica, y más lejos el mar, al que desde la cima de los montes, se le ve subir paulatinamente formando hemisferio azulado hasta confundirse con el cielo, y en el fondo, en la región de las nubes, la inmensa cumbre de Mulhacen con sus nieves perpetuas.

La naturaleza ha dispuesto tan admirablemente aquellos terrenos variadísimos que parece un mosaico de todas clases de tierras, piedras, minerales y aguas, revuelto y confundido con admirable desorden y sobre cuya superficie se hubiese polvoreado á manos llenas las semillas de todo lo que puede crecer y desarrollarse; y á su vez, el hombre, prosiguiendo tan admirable labor de la naturaleza ha explotado con avidez en otro tiempo todo cuanto encierran las entrañas de la tierra y cultivó exquisitamente cuanto surgía de su nutritiva y abundosa superficie.

Esconden aquellos suelos minas de diversos metales, canteras de hermosos mármoles de diferentes matices, y se ocultan en durísimas rocas codiciadas piedras preciosas; brotan de sus grietas fuentes de aguas minerales y esconden sus

minas inagotables manantiales formados por las filtraciones de las nieves y cuyas aguas se precipitan desde lo alto y riegan las risueñas vegas de Loja, Guadix, Baza y Motril, y las de Granada: y por doquier brotan hortalizas de exquisito gusto y frondosos cardos, cuelgan de los árboles las cerezas gordales y se inclinan las ramas al peso de guindas garrafales, de las peras bergamotas de Guadix y las naranjas de Lanjarón; cúbrese de verdes pámpanos la Sierra de Contraviesa y costa de Guatchos hasta Adra. En Orgiva y pueblos del Valle de Leerín crece el olivo de verde oscuro y en Motril arraiga la morera en espesos matorrales, y á su sombra criaba el árabe la seda trevol-tina; en las Alpujarras y en los pueblos litorales se cultiva el algodón y la caña de azúcar y las batatas, y aparecen bosques de naranjas de fuerte fragancia cuando están en flor y de hermoso colorido cuando están en fruto, el temprano almendro de nevado aspecto y los castaños corpulentos de agradable sombra; allí se crían juntas plantas de tan diversas regiones y climas como el plátano y el chirrimollo con el corpulento roble, los pinos, los álamos y las pálidas palmeras de almibarado fruto; pero tal inmensa variedad de árboles y plantas era debida al cultivo, á la plantación de los antiguos moradores que así repoblaron los

montes de corpulentos árboles, como plantaron en sus cármenes, á orillas del Darro y del Genil, los claveles de fuego, las azucenas y los alelíes, trajeron del oriente el azafrán y aclimataron los perales, ciruelos y manzanos, los albaricoques de agradable paladar, las granadas de extraordinario tamaño, las agridulces acerolas que brotan de blancas flores en corimbo, gustosos nísperos, rojos madroños y encarnadas azufaixas.

Quiso el destino que Orellana recorriera estas comarcas y recibiera en los albores de su juventud las impresiones de espectáculo tan bello y recreara su vista en panoramas tan majestuosos como imponentes. Dotado de un sentimiento exquisito gozaba contemplando la naturaleza, pero en seguida le asaltaban mil ideas acerca del origen de todo lo que veían sus ojos y causaba asombro á su entendimiento.

Las nociones rudimentarias de las ciencias que aprendió en Albuñol no dieron contestación á las dudas que atormentaban su espíritu ni explicaron la naturaleza de las impresiones que recibieron sus sentidos. Por otra parte su afán de saber de todo, su curiosidad universal, se avivó más y más en Granada en cuya Universidad cursó durante algún tiempo. Su estancia en Granada despertó todas las actividades de su espíritu, abrió

dilatados horizontes á su inteligencia poderosa y exaltó su imaginación en grado sumo. Precisamente permaneció en Granada en la edad de las ilusiones en que la fantasía toma vuelo fácilmente y en que las luchas y sinsabores de la vida no habían helado las expansiones de su acalorada mente.

Cada vez que entraba en la Universidad recordaba que en otro tiempo acudían también á las aulas de la Academia Alcoránica fundada por Abdalá-Soliman-Alcasém, multitud de jóvenes, ávidos de oír las explicaciones y de consultar las obras de aquellos moros sabios que enumera Casiri (7); recordaba que en los centros científicos de la Alhambra discutían gramáticos y retóricos, leían sus versos los poetas, y se confundían con lo más selecto de la corte, profesores, estudiantes y libreros; que en el Albaicín, convertido en observatorio astronómico, se estudiaba el curso de los astros, y merced á estos esplendores, Andalucía, en el siglo X era un meteoro luminoso que brillaba en la negra noche de la Edad media; y en seguida por asociación de ideas se acordaba Orellana de los tiempos del Califato de Córdoba, y deseoso de conocer los orígenes y progresos de aquella civilización espléndida se encerraba en la Biblioteca de la Universidad, y hojeaba el catálogo

go y pedía libros que le hablasen de las cosas árabes y se tragaba enteros los capítulos, y trémulo, nervioso, recorría página tras página aquellos volúmenes de historia que le decían que la filosofía griega introducida en el Islam por los Abassidas, fieles representantes del espíritu persa, tuvo una gran protección entre los Omeyyadas en España, que floreció en tiempo de Hakem II, quien tenía comisionados en el Cairo, en Bagdad, en Damasco, en Alejandría y en las principales ciudades de la India para que apenas se escribiera un libro notable ó se descubriera alguno antiguo, costara lo que costara, se lo mandaran al momento; también encontraba en los historiadores árabes que muchas veces las obras escritas en diversas ciudades del Asia pasaban á Córdoba y eran allí leídas antes de propagarse su lectura y enseñanzas en el propio país en que se escribieran; también le decían aquellos libros que el palacio de los Califas era á la vez un gran taller de copistas y de encuadernadores, una biblioteca con más de cuatrocientos mil volúmenes, una Academia que rebosaba de sabios y filósofos, de dibujantes, miniaturistas y pintores; y que el alma de aquella sociedad rica, culta y sabia era un Príncipe que leía todos los volúmenes y los anotaba, y mandaba la cuantiosa suma de mil adina-

res de oro, que nunca jamás se ha vuelto á pagar en España cantidad análoga ni mucho menos á escritor ni autor de obra científica ó literaria por editores ni Mecenas, al afortunado Abu-el-Faradaj-Isfakani del Irac, por un ejemplar de su tratado sobre los cantores y poetas árabes, y por fin que este espléndido y asaz ostentoso Príncipe sarraceno que colmaba de mercedes, de honores y de dinero á sus súbditos ilustres y á los hombres sobresalientes de todos los países, tenía la máxima que repetía diariamente, á manera de lema y divisa, *de que el trabajo de la inteligencia debía de pagarse por sobre todos los demás productos de la actividad humana.*

Y á todo esto la mente de Orellana se exaltaba, y se avivaba la sed inextinguible de lectura para conocer á fondo aquella civilización, aquellas grandezas de otros tiempos que contrastaban con la presente decadencia; y pedía más libros que devoraba en horas acabando todas las tardes por tener que retirarse de la Biblioteca frenético, convulso, congestionada la cabeza, ateridos los miembros, con impaciencia para reanudar sus lecturas al día siguiente mientras le bullían las ideas y se agolpaban á su mente toda suerte de imágenes vivas, de Reyes y Califas, y por la noche volían á pasar por delante de sus ojos los espectros

de aquellos insignes Soberanos musulmanes que según la feliz expresión de Dozy (8) eran á la vez Príncipes y mercaderes, hombres de letras y amigos de las artes y que recibían por los mismos bajeles los regalos de los Reyes de Oriente, los tejidos de las ciudades manufactureras de Egipto, los sabios de la Arabia y las hermosas cantadoras de Bagdad.

¡Ah! no era posible, no, que Orellana, que en su organización intelectual y en su carácter tenía cualidades que eran notables en los ilustres pobladores de la Andalucía musulmana, no sintiese algo en su espíritu, algo indefinible como un sublime despertar, al leer las excelencias y cosas notables de la España árabe. Tienen las cosas de Oriente un encanto misterioso al que no se sustrae nadie y mucho menos nosotros los meridionales, pero sobre todas las magnificencias que ha producido la cultura oriental, nada hay que pueda compararse á este sublime consorcio, á este encuentro feliz de los pueblos indio y persa con el pueblo árabe cuya unión de razas floreció en Damasco, en Granada y sobre todo en Córdoba; y realmente para una inteligencia vigorosa, una imaginación acalorada y una fantasía ardiente como la de nuestro Orellana el encanto debía excitar un interés extraordinario, mayormente cuan-

do comparaba la situación de Granada y la de Córdoba en la época en que estudiaba en la Universidad de la primera de estas ciudades, con el esplendor de los antiguos tiempos.

Orellana encontraba en las crónicas árabes que Andalucía era la tierra de los prodigios, la tierra de donde salía el algodón, el alcanfor, el alquitrán, los álcalis que todo lo disuelven, en donde se usaba la brújula, el alambique, el papel, el correo; que sus fábricas mandaban á la Europa atónita productos que parecían milagros, atornasoladas telas de seda y oro del color de la sangre con reflejos de relámpago, brocados de plata de color de cielo y cambiantes de color de luna; corvas cimitarras de tintes movibles que parecían arcos iris, aceradas cotas de malla templadas con conjuros que el arma cristiana no traspasaba; espadas que cortaban un velo en el aire y que no se rompían nunca; y así de magnificencia en magnificencia llegaba su exaltación al paroxismo y tenía que suspender la lectura, porque se agolpaban las ideas á la mente en tropel mientras su ánimo apenado y triste suspiraba por aquella Granada de otros tiempos y lloraba sobre sus ruinas al ver la decadencia de la Granada real en que vivía;..... entonces dejaba la lectura, y salía á la calle, aspiraba el aire y á fin de equilibrar

con el corporal ejercicio las fatigas del espíritu y espaciar la vista por sitios alegres y agradables, se entraba por el Albaicín y al punto veía aquellas casas de recreo que en otros tiempos allí existían con sus labores damasquinas, ventiladas, con anchos patios, hermoscadas con huertas, estanques y pilones de agua corriente, y ya con esta ocasión recordaba aquella buena policía de los árabes que hizo conducir á las alturas en que se halla situado el raudal de la famosa fuente de Alfacar, y al ver todo aquello debía recordar la iniciativa de Abderramán II, aquel de quien dijo-Ibn-Adahri que conducidos por canales hizo correr todos los torrentes de las montañas; y si penetraba en el Zacatín, centro de contratos y bazar de sederías y alcatifas, recordaba las antiguas telas que allí se fabricaban en tiempos mejores; el adelanto de la industria de aquel pueblo del cual aprendieron las ciudades de Italia su mayor destreza en la elegante manufactura de la seda, y en seguida las impresiones recibidas evocaban á su mente el recuerdo de aquel movimiento comercial y fabril de otros tiempos en que Málaga y Almería hacían pedidos para surtir los mercados de Levante de las delicadas manufacturas que los moros granadinos tejían diestramente; en que Florencia compraba considerables partidas de seda cruda en el

siglo XV y los Reyes musulmanes toleraban que cristianos de Génova, Pisa y aún de Barcelona establecidos en la Alcaicería adquiriesen pagos enteros de moreras para alimentar el más precioso de los insectos; y en seguida se remontaba á consideraciones de un orden superior, entre ellas la influencia que la variedad y extensión de las industrias ejerce en el aumento y bienestar de la población; principio que vió confirmado al recordar que Granada tenía 70.000 edificios en época que sus linos y sus cáñamos eran los primeros del mundo; que sus vellones de lana centuplicaban su valor en los talleres del Albaicín y de Santa Cecilia, y que á medida que fueron decayendo las industrias agrícolas y fabriles disminuyó la población, quedaron desiertos barrios enteros, se extinguió el comercio y que Granada lo mismo que Córdoba sólo pueden atenuar las amarguras de su actual decaimiento con los recuerdos de su pasada grandeza.

II.

¡ Pobre Granada! ¡Cómo la encontró Orellana! No están vestidas las montañas que la circundan con aquel eterno verdor y lozanía porque no existe una administración previsora que detenga el hacha del leñador que destruye paulatinamente el bosque y seca los manantiales do surgían las aguas bulliciosas; con la desaparición de la arboleda, ha descendido de las alturas la tierra saturada de abonos naturales, arrastrada por las avenidas, y pasando por las torrenteras ha ido á parar al mar ó al fondo de sus valles; ya no se siente aquel ambiente embalsamado que traía la frescura de la enramada donde se templan los ardores del sol y diluye en sus ráfagas con el aroma de los tomillares el perfume de la flor de azahar; hoy sopla el viento de la tierra nevada que hiela el cuerpo ó se asfixia la gente en las cañadas bajo un sol abrasador ó bajo las ráfagas ardientes del solano, que viene del Sahara y parece salir de la boca de un horno, y seca las plantas en

un instante; ya no ostenta la ciudad barrios enteros cuajados de palacios separados por alamedas y jardines, ni se anima la apiñada multitud en la plaza Bibarrambla al son de añafles que anuncian el esfuerzo de caballeros moros corriendo cañas; ya no se revuelve el alazán brioso en justas y torncos; ni se bailan zambras; ni se producen algaradas ni correrías de cristianos; ni se ven aquellos patios lujosos, la fuente en medio, las delgadas columnitas, en el suelo extendida la alcatifa de vivos colores y sentadas en ella negras cautivas echando esencias de Oriente en el pebetero y hermosas sultanas recitando cadenciosos versos ó cantando tristes y sentidas melodías al son de la guzla.

Todo esto ya no existe porque al desaparecer las artes y la riqueza, huyeron todos los encantos que hacían la vida deliciosa; y Granada, al sufrir todos los reveses de la fortuna y los pesares de una lenta decadencia, sólo ha podido conservar como recuerdo de lo que fué el arábigo esplendor, el Generalife y la Alhambra, aquel portento de los portentos, donde Orellana pasó extático y absorto los mejores años de su vida.

La Alhambra revela el genio, carácter é imagen completa de la vida de los árabes, presentando por fuera expresión de fuerza y de apariencia

guerrera, mientras que por dentro todo estaba ideado para el reposo, la molicie y el placer; de lejos parece fortaleza inexpugnable, por dentro es un palacio y un harém. Todo el talento del arquitecto, la habilidad del escultor, los primores de ejecución del artífice están allí, con un lujo y una riqueza exuberantes. Pavimentos de mármol incrustados con partículas de loza, arcadas de ligeros pórticos, apenas apoyadas sobre columnas esbeltas, formando pendientes que parecen estalactitas y prismáticos cristales; festones afiligranados y hojas, ramas y flores de variadas formas, guarneciendo recuadros con motes y tarjetas; en la pared donde se refleja la sombra de naranjos y limoneros se ven los zócalos de mosaicos, arriaderos de baldosas y cenefas de azulejos que forman graciosa labor de alicatado; repisas de arcos colgantes y encima medallones con caracteres cúficos é inscripciones entrelazadas con adornos diminutos de encarnado, azul y oro; techos con embutidos formando estrellas, cuadros y exágonos, ajaracas y entrelazos, calados de estuco, artesonados de difícilísima labor, enrejados de hojas, ajimeces y salidizos, pavimentos de riquísimo alabastro, muebles de negro abenúz, jarrones y damascenas, cofrecillos de filigrana y labor de encaje que parece ataraceada por el buril

finísimo de misteriosas hadas. Allí el genio de los árabes dirigido por inteligencias privilegiadas, aguijoneado por un sensualismo refinado y con el estímulo de un gusto artístico cultivado con esmero, daba lugar á Orellana á consideraciones infinitas.

Cualquier destello de la pasada grandeza de los habitantes de este suelo español, teatro de tantos hechos heroicos y extraordinarios, daba motivo á nuestro encomiado para entrar en reflexiones de carácter económico y le llevaba á considerar las causas de nuestro poderío, esplendor ó decadencia. En los álamos del Generalife perfectamente alineados, formando una bóveda sombría, en sus hermosos rosales, en sus cipreses de extraordinaria altura, en sus jardines de acacias, arrayanes y adelfas, en las combinaciones de plantas y flores apiñadas en los tajos, quiebras y precipicios, en los bosques floridos, en los saltos de agua y combinaciones de las fuentes y cascadas de aquel delicioso lugar, vió una manifestación del sentimiento de la naturaleza, así como en la Alhambra y en el palacio de los Alixares vió el destello admirable del genio del arte; y con la inteligencia de que estaba poseído, con su intuición meridional hermanada con un profundo sentido analítico, en seguida comprendió que naturaleza y arte

eran los dos elementos que eternamente deben estar combinados en todas las cosas grandes de esta tierra de España, conforme al ejemplo y patrón que nos dejaron los árabes. No todo debemos esperar de la naturaleza ni hay que fiarlo todo al humano artificio.

La naturaleza nos da los elementos, pero la industria humana los transforma y utiliza; y á la vez que dotados de excelentes condiciones naturales hay pueblos que no pueden salir del estado de la barbarie, otros á pesar de mucho arte prosperan con dificultad por faltarles los ricos dones de la tierra, y si la naturaleza nos ha dado ricos minerales, la industria debe arrancarlos y darles forma; si la tierra produce excelentes frutos, el cultivo y la selección los avaloran; si la raza española es vigorosa, fuerte, inteligente y sufrida, también ve decaer sus dotes naturales cuando sus esfuerzos resultan estériles, y emigra cuando no tiene objeto lucrativo la actividad, y por fin desarrollando esta idea comprendió Orellana que naturaleza y arte habían de tener en el orden económico realización cabal y cumplida en el eterno consorcio de la agricultura y de la industria.

He aquí, Señores, porqué Orellana repetía á todas horas que la mejor sombra que puede tener un campo es una chimenea; el mejor abono los

residuos de las fábricas; y el mejor mercado para el agricultor los grandes centros de población, sostenidos por la industria y el comercio, en donde abunda el dinero y donde por consiguiente se pagan á buen precio los productos de la tierra, remunerando así espléndidamente las fatigas de aquel que la riega sin cesar con el sudor de su rostro.

III.

Desde Granada pasó Orellana á Barcelona. De la ciudad privilegiada con los encantos de la naturaleza perfeccionados por el arte de los árabes, pasó á la ciudad que todo lo debe á los esfuerzos y á la industria de sus habitantes.

La suerte quiso que sirviera en las filas del Ejército y esta circunstancia le llevó á Barcelona donde contrajo amistad con D. Víctor Balaguer, quien le puso en relación con el *Instituto Industrial de Cataluña*, en el cual ingresó en calidad de socio el día 1.º de Septiembre de 1848, presentado por los señores Jaumandreu, Vilaregut é Illas y Vidal.

Por Real Cédula dada en el Buen Retiro á 16 de Marzo de 1758 se mandó establecer en la ciudad de Barcelona un cuerpo ó comunidad de comerciantes, una *Junta particular de Comercio*, (9) para cuidar de su gobierno y un consulado para determinar todo lo contencioso. De esta *Junta de Comercio* á la que tanto deben las ciencias, las

letras y las artes de nuestra Provincia, y en cuya Real Cédula de creación se decía que «los individuos de su Junta deberían cuidar y proponer en ella cuanto pertenezca á el fomento de la agricultura, aumento de plantíos, construcción de canales para riego, aumento y conservación de frutos, medios de extraer y comerciar los sobrantes, perfeccionar y adelantar las fábricas y manufacturas; y al fin todo cuanto se dirija á promover el comercio, así para dentro como para fuera del Reino,» de esta Junta, digo, nació la *Comisión de fábricas de hilados, tejidos y estampados de algodón*, la cual se transformó más tarde, en 1846, en *Junta de Fábricas de Cataluña*, de la cual nació el *Instituto Industrial de Cataluña* (10).

A punto de constituirse dicha Corporación ingresó en ella Orellana y allí tuvo ocasión de conocer y tratar á nuestros principales industriales, de estudiar las aspiraciones de éstos, las condiciones de vida y prosperidad de cada manufactura, la especial naturaleza, dentro de la vida económica total de la nacionalidad, de cada ramo de la industria fabril, y aquí se convenció prácticamente de la necesidad imprescindible de adoptar en España un sistema proteccionista ó de fomentar todas las manifestaciones de la vida nacional y promover el aumento de la riqueza. En este

sentido comenzó á estudiar el problema de la Economía política nacional y no tardó el *Instituto Industrial* en confiarle la redacción de importantísimos trabajos.

Desde 1850 en adelante, en que se trasladó á Madrid, no perdió ocasión ni desperdió momento para defender la doctrina proteccionista. Sostenía polémica diaria en tres periódicos distintos contra los partidarios del librecambio, á la vez que colaboraba en la *Ilustración*, en la *Biblioteca Universal*, que dirigía D. Angel Fernández de los Ríos, y en la *Enciclopedia* de Mellado. De regreso á Barcelona continuó su asidua cooperación en el Instituto, redactando informes y exposiciones á la Superioridad, escribiendo artículos en el *Diario de Barcelona* y en varias revistas sobre cuestiones industriales y arancelarias, materia que llegó á dominar en alto grado y que le valió un nombre respetable en Cataluña.

El Instituto Industrial le había nombrado *socio de mérito* y le ocupó constantemente en la redacción de informes, dictámenes y exposiciones al Gobierno, y con ocasión de ello visitó fábricas y talleres, tocó las dificultades con que tropieza cada industria, los obstáculos verdaderos que se oponen al crecimiento del comercio y adquirió de esta manera tal caudal de conocimientos tecnoló-

gicos, industriales y económicos que mereció ser nombrado Consultor de dicha Corporación y lo fué de hecho de casi todas las Sociedades económicas análogas á aquélla, establecidas en Barcelona. Tampoco le había olvidado Granada, puesto que por conducto de D. Nicolás de Paso y Delgado, catedrático, entonces, de Economía Política de aquella Universidad, recibió el título de socio de número de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y de miembro de la Sociedad Literaria de aquella ciudad. Tomó parte activa en la redacción de la *Revista de Cataluña* y sostuvo una brillante polémica en la *Revista de intereses generales de España*, con ocasión de la cual expuso la verdadera doctrina de la protección, estableció las racionales diferencias entre librecambio y libertad de comercio, demostró los efectos de la protección sobre todos los ramos de la producción, y en especial hizo patente que la industria fabril en los pueblos medianamente ricos y adelantados es el agente más poderoso de la prosperidad agrícola, agente tanto más activo y eficaz, cuanto mayor es la variedad de productos brutos utilizables que ofrece el suelo. En uno de estos trabajos hace notar Orellana que el genio de las naciones se forma ó se desarrolla y se amolda á un tipo y que los pueblos se

educan y se dirigen, y esto es lo que ha inmortalizado á Colbert, á Pedro el Grande de Rusia y á Napoleón I; que las industrias no nacen espontáneamente y por su propia virtud, como dicen que nació Minerva de la cabeza de Júpiter, y que menos que nunca puede ser hoy por la preponderancia que la mecánica y otros agentes dan á algunas naciones sobre las demás. En una serie de conferencias que dió en el Ateneo Barcelonés con el título *La industria en sus relaciones con la civilización*, demostró cómo se manifiesta el progreso de los pueblos en el adelanto de las industrias. En esta época ó sea en 1863 promovió nuestro encomiado la fundación de un periódico en Madrid destinado á defender los intereses generales del país, pero á pesar de supremos esfuerzos, únicamente logró que durante algún tiempo se sostuviera *El Bien público*, que fué recibido con agrado por sus tendencias, especialmente en Provincias, pero deseaba Orellana conservar su independencia, y falto de medios no le fué posible seguir substraído á toda influencia política, hasta que recibió el apoyo de D. Pascual Madoz, en cuyas manos se transformó aquel periódico en *La Nación*, ambos dirigidos por Orellana, y en los cuales aparecen excelentes y cotidianos trabajos debidos á su pluma, algu-

nos de los cuales pudieran hoy pasar por profecías.

Nuestro encomiado tenía verdadera pasión por la industria fabril y deseando que la agricultura inconsciente y espontánea se transformara en industria agrícola, recomendaba que el campo fuese un laboratorio, la colonia agrícola un taller, la casa de labranza una verdadera fábrica y que hasta el arte abandonando una finalidad estéril, encontrara aplicación en las industrias decorativas, y á este fin no cesaba de reclamar para nuestro país que tan necesitado estaba y está de gran poderío industrial y de diversidad de artes y oficios, las medidas más eficaces y directas para su fomento y desarrollo; y entre ellas especialmente un buen régimen arancelario; á cuya conclusión han llegado, bien que desde diferentes puntos de vista, esclarecidos publicistas que recientemente han profundizado el problema económico en nuestra patria. Y aquí otra vez debía recordar Orellana que de los árabes hemos aprendido el sistema aduanero, que no ha desdeñado nación alguna todavía, como no sean los dominios del Gran Turco; que los árabes nos han enseñado que son compatibles los pingües rendimientos del Erario con impuestos que favorecen el desarrollo de las artes y manufacturas, en vez de este fisco famélico é

insaciable que absorbe la vitalidad de la nación y jamás le aprovecha, y por fin que árabes son á no poder más las palabras *Aduana, Tarifa, Arancel* y *Almoxarifazgo* (11).

A principios de este siglo la industria española, raras veces favorecida por las leyes, no habría perdido aún aquel vigor que le imprimieron las disposiciones protectoras dictadas durante el Reinado de Carlos III, pero vino la guerra de la Independencia y con ella el abandono completo de los trabajos de toda índole, que secundado por la destrucción de cuantas fábricas hallaban á su paso los ingleses que vinieron á ayudarnos, dió al traste con nuestras manufacturas.

Las Cortes ordinarias de 1820, aceptando los trabajos preparados bajo la dirección del Ministerio Garay é inspiradas en el más ferviente patriotismo, bien quisieron proteger la industria promulgando el *Sistema general de las Aduanas de la Monarquía Española en ambos Hemisferios*, obra verdaderamente asombrosa por lo vasto de su concepción pero desgraciadamente impracticable por haber traspasado los justos límites imponiendo innumerables prohibiciones. Aunque aquella Ley hubiese sido adecuada á las necesidades de su tiempo, no habría dado fruto alguno, como no lo dió al principio el Arancel general de impor-

tación de 1826; ya que por una parte perdíamos nuestras colonias de América y por otra la intervención francesa y las partidas armadas servían de salvoconducto á verdaderas inundaciones de productos extranjeros introducidos de contrabando. Hasta 1830 no tomó el Gobierno la resolución formal de no conceder más permisos ó prórrogas de autorización á ciertas compañías privilegiadas para importar géneros libres de derechos.

Más tarde, bajo el Gobierno del Duque de la Victoria, se suscitó la cuestión arancelaria dando por desdichado fruto el Arancel de 1841 con derechos de 15 por 100 ó menores en las tres cuartas partes de sus artículos, salvándose, no obstante, casi todas las principales industrias, y con respecto á la algodonera fueron luego rechazadas las proposiciones de Inglaterra por el Ministro D. Manuel Cortina. El período transcurrido desde 1841 á 1849 marca un visible retroceso en el movimiento mercantil interior de nuestro país; sin embargo de ello, la industria algodonera y otras grandes industrias y á su sombra gran número de pequeñas fueron sosteniéndose.

Y ahí cumple perfectamente á mi propósito recordar los inmensos servicios que á la causa del trabajo nacional prestaron aquellas antiguas corporaciones que sucedieron á la Junta de Comercio

y que desde la antigua Junta de Fábricas y el antiguo Instituto Industrial de Cataluña han venido sucediéndose hasta la fecha. Tenedlo entendido y no lo olvidéis jamás: á no ser por los esfuerzos de la antigua Comisión de fábricas, de la antigua Junta de Fábricas, del antiguo Instituto Industrial de Cataluña, verdadero Covadonga de nuestra regeneración industrial, hoy no existiría la industria algodonera, las grandes industrias, á la sombra de las cuales nacen las pequeñas y crecen y se multiplican las artes y oficios; hoy quizás no habría proteccionistas en España, y esta asociación no existiría. A no ser la temeridad, el valor y los sacrificios de todo género, de estos varones ilustres, cuya efigie veis en los cuadros que adornan las paredes de este salón, la industria catalana que, bien podemos decirlo sin rebozo, ha sido el primer impulso y el ejemplo de toda la industria española en lo que va de siglo, habría desaparecido, arrancada de cuajo y esparcidas sus ramas por el suelo.

Tenedlo muy presente, la reforma arancelaria de 1849, gracias á la cooperación y esfuerzos de la Junta de Fábricas de Cataluña, fué el comienzo de la ventaja y quizás del triunfo de la protección sobre el libre comercio y sobre la influencia extranjera; se abolieron muchas prohibiciones y se cometieron algunos errores, es cierto; pero quien

lea las bases de aquella reforma, quien compare aranceles con aranceles, no pondrá en duda que el de 1849 fué un gran adelanto sobre el de 1841 en el sentido proteccionista, y lo prueba la guerra sin cuartel que le declararon los librecambistas desde su promulgación; la que le hicieron en los años 1851, 53, 55, 58 y 62 hasta que en 1869 lograron derribarlo; lo prueban los progresos de la nación bajo aquel régimen, progresos tantas veces aducidos por D. Juan Güell y Ferrer en sus escritos.

Mayor triunfo, si cabe, alcanzaron los hombres del Instituto Industrial en 1856 impidiendo que se llevase á efecto la exagerada reforma de los aranceles presentada á las Cortes por el Ministro de Hacienda D. Juan Bruil; y no fué ineficaz después de la célebre reforma de 1869, aquella campaña enérgica, constante que sostuvieron el antiguo *Instituto Industrial de Cataluña* juntamente con el centro no menos digno de eterno renombre, el *Fomento de la Producción Nacional*.

Es menester que en este Centro, que ha de conservar la tradición de las respetabilísimas Corporaciones, sus primogénitoras, que os he citado, no se olvide jamás que la actividad de que dió muestras la antigua Junta de Fábricas de Cataluña, despertó la emulación de importantes clases in-

dustriales que reuniéndose y estudiando su respectiva situación y sus necesidades, produjeron trabajos importantes, obras de gran aliento algunas, que hoy todavía pueden consultarse con fruto y que entonces influyeron muchísimo en la resolución de las cuestiones pendientes en las esferas del Gobierno, y que á este movimiento siguió luego el de concentración de aquellas fuerzas, dando lugar á que al abrigo de la misma Junta de Fábricas se formase el Instituto Industrial de Cataluña, en el que tuvieron dignísima representación todas las industrias, artes y oficios. Allí fué donde se cruzó la existencia de Orellana con la de D. Juan Güell, Jaumandreu, Tous, Coma, Muntadas, Monteys, Ferrer y Vidal y otros denodados campeones de la industria; allí se puso en contacto con la brillante juventud de aquellos tiempos, agrupada bajo la bandera de la protección, representada por Sol y Padrís, Dalmases, Illas y Vidal, Torrens, Reynals y Durán y Bas; allí, en fin, se formó Orellana, el poderoso paladín, el atleta formidable de la causa del trabajo nacional.

Pasma y asombra la actividad que desplegó Orellana defendiendo los altos intereses del país y todas las manifestaciones del trabajo, desde el periódico, el folleto, la revista, el libro, en el sen-

tido memorial dirigido á los Centros directivos, en el sesudo informe, lleno de datos y observaciones prácticas, en los discursos y memorias á que dieron lugar las muchas informaciones en que tomó parte directa é indirectamente y en las innumerables, razonadas y luminosas exposiciones que salieron de su bien cortada pluma, elevadas á los distintos Ministerios, á la suprema Majestad ó á las Cortes Soberanas.

Empero entre todos sus trabajos económicos sobresale por su extraordinaria extensión, por el inmenso trabajo que representa, la Reseña de la Exposición Universal de París para cuyo estudio le comisionó el Instituto Industrial de Cataluña en 1867 (12). Indudablemente, la Exposición Universal de París, considerada bajo el aspecto de los intereses de la producción española en todos sus ramos de agricultura, industria y artes, es un trabajo monumental donde se estudia cada uno de los ramos de la producción por separado, en sus relaciones con las industrias extranjeras y la economía especial de cada fuente de prosperidad en nuestro país, las medidas de carácter público y las condiciones de la individual iniciativa que

eran en la época en que se escribió y que son hoy indispensables todavía para el fomento y desarrollo de cada una de ellas.

No menos importante es la « Reseña completa, descriptiva y crítica de la Exposición industrial y artística de productos del Principado de Cataluña » celebrada en Barcelona (13) para obsequiar á S. M. la Reina D.^a Isabel II y á su Real familia con motivo de su venida á esta ciudad en 1860.

Al terminar la guerra de África y al llegar á Barcelona el general Prim y con ocasión de visitar nuestra ciudad con D.^a Isabel II, se improvisó una Exposición industrial y artística cuya reseña escribió nuestro biografiado en breves días, siendo un acabado y sistemático compendio del estado general de adelanto de la industria, á la vez que un estudio profundo y detallado de sus condiciones económicas, bien que es de advertir que bajo el punto de vista doctrinal, es más conocido y apreciado aquel opúsculo que más tarde en 1867 dió á la estampa con este título: « Demostraciones de la verdad de la Balanza mercantil y causa principal del malestar económico de España (14). » En este trabajo, lleno de sabias reflexiones, plantea Orellana la cuestión económica de España en su verdadero terreno y da con criterio certero la solución y fórmula verdadera.

Achaque es de algunos economistas, creer que sucumbió España ahogada en plata y oro con los millones que nos vinieron de América, y Orellana demuestra que no fué así, antes por el contrario, dice que « murió ahogada en su vanidad, en su despilfarro y en su estupidez: ahogada en terciopelos de Milán, ella, la introductora de los tejidos de seda en Europa; ahogada en paños de Flandes, en ricas telas de Holanda y de Cambrai para adornar á nuestros orgullosos caballeros y á nuestras desenvueltas Altisidoras; desangrada *con puntas de alfileres y peines*, como dice el príncipe de nuestros poetas satíricos.

« No fué, nó, prosigue, la abundancia del oro de América lo que destruyó la industria española, y con ella todo su antiguo poderío: fué, sí, primero el abandono de esa misma industria para ir en busca del oro, y la destrucción completa de ella después, por habernos dado á consumir con él productos extranjeros. Esta es la verdad que está patente en la historia, en las leyes y pragmáticas de aquel tiempo, en los torpísimos tratados de comercio celebrados desde Carlos I hasta Carlos IV, en los lamentos de los procuradores á Cortes y de los escritores políticos, en el grito general del pueblo, transmitido por los poetas, y hasta en las exclamaciones de los reyes. Desconocer esto, por

seguir la opinión de algunos extranjeros que han escrito sobre nuestras cosas sin haberlas estudiado, es querer perpetuar los errores que redujeron en dos siglos á seis millones de miserables una nación de veinte millones de almas, y dotada de la más vigorosa energía que hasta entonces había conocido el mundo.

»¿Cómo había de empobrecernos la abundancia del oro y la plata, si tal abundancia no existió jamás en España? Esos metales, como dice Carey, hacían en nuestro país el efecto de un alimento recio dado á un colérico. No bien entraban cuando eran expelidos, dejando sólo estragos en el cuerpo social de la nación. Aparte de que esa abundancia no daña, y están en un error los economistas que lo creen: si los metales preciosos no son más que una mercancía como algunos pretenden, ¿qué mal ha de resultar de que esa mercancía esté barata? Si, como quiere Adam Smith, es el instrumento del comercio, ¿qué mal puede resultar de que ese instrumento se halle al alcance de todo el mundo?» A fe que el oro y la plata que de América nos vino no es en cantidades tan enormes como algunos creen, ni aun habiéndolo sido, jamás el oro y la plata en abundancia han producido mal de ninguna clase, pues que la decadencia económica proviene principalmente de

que la riqueza de más estima y el capital más precioso que es el hombre, se nos fué con la inmensa emigración del personal más inteligente y trabajador que pobló las Américas á raíz del descubrimiento; con las continuas sangrías que experimentó la parte más industriosa de la población; con la expulsión de los moriscos de las Alpujarras, con las continuas guerras y con el abandono del comercio, de la agricultura y de las artes.

¡Ah, Señores! No es este el momento más oportuno para que ningún español que medite acerca del estado actual económico y financiero del país pueda creer que la abundancia del oro sea perjudicial ni dañosa, bien que es de sentido común que la abundancia del metálico como signo representativo de riqueza, es señal evidente de plétora y robustez en el organismo social.

Lo que sí cabe observar es que el oro y la plata jamás abundaron en aquellos países de escaso comercio y reducida industria, porque estos metales preciosos, dones de la Providencia, sólo permanecen allí donde hay inteligencia, cultura, previsión, ahorro y trabajo, como premio de tales virtudes, y desaparecen con la ignorancia, el abandono y la holganza en justo castigo de quien se entrega á ella, y son de índole y naturaleza tan privilegiada que únicamente conservan su valor

en manos expertas y desaparecen como por encanto cuando son manejados por gente descuidada y manirrota. Parecen duros al tacto y sin embargo se volatilizan, se evaporan, se condensan según quien los maneja. Aquel problema que plantearon los alquimistas de la Edad media está resuelto al conjuro de la Economía política moderna que sabe encontrar los tesoros de Ofir y California en todas partes donde se trabaja y el polvillo de oro diluído en la frente y en las palmas de las manos.

No está, nó, el precioso metal en el fondo de los crisoles y retortas de los antiguos alquimistas, sino en los hogares de las máquinas de vapor; ni está únicamente en las entrañas de la tierra, ni lo encuentra siempre el minero que arranca fragmentos del filón; el oro está siempre en el arado del labrador y en la máquina trilladora; pasa por los canales de riego; lo lleva en su sangre el ganado sano y robusto que se vende en el mercado, y brilla en las chispas que despide el martillo y el yunque del herrero; sigue formando hilos invisibles como los de sutil tela de araña á cada movimiento de la selfactina ó á cada revolución de la continua de anillo; deja una hebra fina y delicada la lanzadera en cada uno de sus escapes y la perrotina lo extiende en sus telas estampadas; lo

conduce la locomotora aumentando el valor de la mercancía que transporta, y el buque lo trae en sus camarotes y en sus bodegas. No lo busquéis con afán en las vetas ni en los filones del subsuelo, porque apenas arrancado se evapora, se pulveriza, se disuelve al contacto del aire, si permanece inactivo y se oculta como por encanto si una mano inepta le abandona con el cuarzo y las rocas en que primitivamente estaba envuelto y reaparece luego en el humo de las chimeneas, en el hollín de las calderas, en los rails que se desgastan con el roce, en las correas que transmiten fuerza, en los volantes y reguladores que la equilibran: corre por las palancas y cabrestantes y por los cilindros y por las ruedas dentadas, al propio tiempo que deja su eterna huella en el telar que elabora el tisú, la alfombra, el rico pañolón de la India, el tul labrado; sale invisible y misterioso por la punta de la aguja que borda el mantón de Manila con pájaros y flores de colorido brillante, y se escapa por entre los dedos afilados de las obreras orientales que trabajaron en su enmarañado, fino y lujurioso fleco.

Si, la industria moderna ayudada de la física y la química lo transforma en plata en el tonel de amalgamación y en plomo argentífero en los hor-

nos de copelar, aparece menudo entre el aserrín que despide la sierra de cinta y en el filo de la cuchilla de chapear; en los desperdicios y arenilla que deja la máquina que pulimenta y tornea el hierro y el bronce; se queda pegado á las paredes de los cilindros laminadores; en las cámaras donde se forma el ácido sulfúrico y en las calderas de cristalización del crémor tártaro; en los alambiques donde se destilan las aguas amoniales, residuos de la fabricación del gas, y en los aparatos de concentración del salitre; en las tahnas de empastes donde se fabrica la pólvora y en los noques ó pilos donde se curten las pieles; incrusta en la pared de la porcelana y loza fina cuando sale de la mufia, ó se mezcla polvoreado en los residuos de las madres ó soleras de las cubas que contienen vino añejo y en las calderas de destilación del alcohol. Fosforea reluciente en las madréporas y corales del fondo del mar, y se escapa entre las mallas de las redes en cuyo interior los peces colean y se deslizan; brota á los pinchazos del buril sobre el metal y salta á los golpes que en el mármol da el cincel, y no hay corriente que no lo lleve diluído en sus aguas, ni fluido que no lo transmita, ni cuerpo que no lo contenga. En su movimiento continuo se desliza de la mano blanca y delicada que no tiene fuerza para

retenerlo y queda sujeto entre los puños del hombre laborioso, aunque estén tiznados por el orín y el óxido de hierro, y en sus transformaciones sucesivas, tan pronto se encarna en el busto de la moneda acuñada, como en los minuciosos grabados del billete de Banco, y circula de mano en mano por las cinco partes del mundo, con una velocidad vertiginosa, y corre impalpable é invisible en forma de cheques y letras de cambio que apenas toca el banquero por arte mágico, tórnanse lucientes y amarillas esterlinas, y así de este modo queda demostrado, Señores, que no está, nó, el oro únicamente en las entrañas de la tierra, sino en la frente que piensa y en los brazos que ejecutan, y en fin que la inteligencia, la actividad y la constancia resucitan en la vida presente, personificada en la industria y en el comercio, aquel personaje de la leyenda griega, aquel rey Midas que convertía en oro todo lo que estaba al alcance de su mano. (*Aplausos.*)

IV.

Hubiérale parecido en otro tiempo herejía insigne declararse proteccionista á cualquiera personalidad que en algo estimara su reputación de científica, y era así como pecado imperdonable profesar estos ideales en Ateneos y Academias y mucho menos osaran los hombres que estaban al frente del poder ó que podían en modo alguno ser llamados á la Gobernación del Estado, atreverse á proclamar paladinamente la excelencia de las medidas proteccionistas. Hoy vemos que en el Ateneo de Madrid, en el Parlamento, en la Academia, en todos terrenos, no vacila en declararse confeso y convicto de proteccionismo quien de la Presidencia de la más docta y animada de las corporaciones científicas de España ha pasado distintas veces á la Presidencia del Consejo de Ministros y ocupa lugar distinguido en todas las Academias (15). Por temor al sambenito del ridículo y por miedo de pasar plaza de hombre atrasado, apenas quien de ilustrado se preciase atreveríase

á proclamar la verdad de la balanza mercantil que es hoy axioma de economía política tan exacto y admitido por los economistas imparciales y sensatos como cualquiera verdad fundamental que en todo otro cuerpo de doctrina pueda imperar con supremacía indiscutible.

Mas no solamente eran partidarios del libre-cambio la mayoría de nuestros hombres de ciencia y hasta puede añadirse de nuestros hombres de Estado, quizás por conocer mejor el texto de libros extranjeros que las necesidades del país, por observación propia y directa, y atento estudio de los hechos, sí que era creencia general, que nuestro suelo era privilegiado, que España era el granero de Europa, que nada habíamos de temer en punto á producción agrícola de los extranjeros, y que en fin Ceres y Baco eran los únicos dioses á quienes debía adorarse y en cuyas aras podía inmolarse á todas las industrias.

Orellana combatió este error con todas sus fuerzas, demostrando que la prosperidad de un país está siempre en razón directa del mayor aprovechamiento de las diversas aptitudes industriales; lo cual no puede realizarse, sino procurando que haya en el mismo gran diversidad de industrias, profesiones, artes y oficios, y que la falta de aprovechamiento de esas aptitudes es la

causa más poderosa de atraso y pobreza, de ignorancia y de inmoralidad; que en los países puramente agrícolas se pierden necesariamente las tres cuartas partes de las aptitudes individuales; y no pudiendo cumplirse la ley de la división del trabajo, faltan los medios de impedir la despoblación y la empleomanía, y los de establecer un comercio activo y sólido, basado en la multiplicidad de los cambios, y por fin que donde el elemento industrial no se combina con el elemento agrícola, necesariamente la agricultura vive pobre y desmedrada, falta de capitales, de maquinaria, de vías de comunicación, y entre otras razones porque es lento y tardío el consumo de los productos, se pagan éstos á muy poco precio; es muy difícil si no imposible, la reconstitución del suelo por medio de los abonos, y porque gravitan sobre ella sola, en condiciones onerosísimas, el costo de los transportes y casi todo el peso de los tributos. Orellana quería, valiéndonos de la expresión de los antiguos economistas, un sistema de agricultura fundado sobre un sistema de manufacturas (16).

Hoy ya nadie cree que nuestro suelo sea privilegiado ni mucho menos, y de esta creencia en cierto modo debemos congratularnos, porque la verdad aunque sea dura siempre resulta prove-

chosa. Son efectivamente nuestras provincias de Ultramar y posesiones filipinas fértiles por todo extremo, empero forzoso es confesar por lo que respecta á la Península que ningún otro país de Europa, excepción hecha de Suiza, es tan áspero, quebrado y montuoso, lo cual dificulta las vías de comunicación, imposibilita en la mayor parte de los puntos construir caminos y canales, y aparta la humedad por la tremenda pendiente de los ríos que discurren en terrenos de mucho desnivel.

Por fin reconocen nuestros estadistas, que muchos, casi todos los males que nuestro país experimenta directamente proceden de la naturaleza (17) y en los distintos relatos que de sus agobios hacen los agricultores de toda España, recopilados en la reciente información para estudiar la crisis de nuestra agricultura y ganadería de 1887 y 1888 (18), han demostrado palpablemente que nuestro suelo es quebrado, pedregoso, seco, con poquísima tierra vegetal, falto de abonos, en una palabra espantosamente pobre.

En otro tiempo los partidarios de que España había de ser exclusivamente agrícola, creyendo defender bien estos intereses y fiados en las supuestas cualidades excepcionales de nuestro suelo pedían á voz en grito la abolición ó reducción

considerable de los derechos de Aduanas; hoy las cosas han cambiado completamente y convencidos de nuestra inferioridad agrícola con respecto á otras naciones, en nombre de estos mismos intereses agrícolas se pide la protección para todas las ramas de la producción nacional, con más insistencia, con más empeño que los defensores de la industria la hayan solicitado jamás.

En libros recientes escritos con gran conocimiento de nuestras condiciones de territorio, población, medios de cultivo y situación económica se viene á demostrar la necesidad de un régimen proteccionista en nombre de la agricultura española (19), impotente para producir y acudir al mercado en competencia con la gran producción extranjera.

Pero esto no basta, porque la agricultura, la más importante de todas las industrias, es á la vez la más compleja. Los altos derechos de Aduanas impedirán que mueran de golpe algunas explotaciones agrícolas, pero se necesita algo más, porque no todo se arregla por medio del Arancel. Son necesarias una serie de medidas para que esta fundamental rama de la producción, á la que más propiamente pudiéramos llamar raíz y tronco que comunica la savia á las demás, se coloque á la altura en que hoy se encuentra en

Inglaterra, en Bélgica y en Francia; para que desaparezca el *ausentismo* (20); y se construyan ferrocarriles económicos y se sangren los ríos con canales y anchas acequias y sobre todo para que en las múltiples y variadas producciones de nuestro suelo se verifique todo á manera de explotación industrial, procurando la mayor diversidad de industrias agrícolas, porque ha querido la Providencia que nuestro suelo sea un resumen y compendio de todos los climas, de todos los terrenos y de todas las producciones, sin que ninguna de éstas por sí sola sea tan fuerte y poderosa que se halle en el caso de resistir por su extensión por lo menos, con las similares extranjeras.

Lucharemos en el porvenir, por lo que respecta á la calidad, con algunas ventajas y con respecto á determinados artículos, merced á un esmerado cultivo, y esto precisamente hace buena la tesis de Orellana de que en este país debe darse principal importancia á las industrias agrícolas, para lo cual no hay necesidad de sacrificar ninguna clase de manufacturas, antes al contrario el progreso de una clase ó grupo de industrias ha de influir en el desarrollo y prosperidad de las otras; pero no bastan disposiciones acertadas de los poderes públicos, ya que principal, sino únicamente la iniciativa particular, como factor más

importante, es la que ha de levantar al labrador de su postración mejorando los terrenos con el drenaje, con un buen sistema de riegos, con obras y construcciones, con grandes plantaciones de árboles, con el uso de abonos y fertilizadores, empleando cuantiosos capitales en la tierra en vez de explotarla y empobrecerla, teniendo siempre muy presente que no hay nada tan agradecido como la tierra y las plantas, pues devuelven ciento por uno al que las cultiva con esmero; fomentando á toda costa la ganadería, extendiendo los buenos sistemas de cría y de selección, y procurando que la riqueza agrícola se base en la mano de obra acumulada en el producto, y cooperando á la riqueza nacional con la armonía y coexistencia de todas las producciones, ya que todas ellas son compatibles.

Nuestras altas planicies castellanas y algunos llanos de Aragón, que recuerdan las estepas rusas, producirán trigos de excelente calidad, pero no tan abundantes que puedan alimentar á los quince millones de españoles, quedando sobrante para la exportación, ni á precio tan reducido que puedan competir con el norteamericano; ni hay que fiar toda nuestra prosperidad á la viña, arbusto delicadísimo, expuesto á mil enfermedades, ni á las naranjas de Valencia, ni

á los aceites andaluces ni á las tempranas hortalizas de la costa de Levante, sino en la coexistencia de todas las producciones agrícolas á la vez que la variedad de nuestros terrenos permita, y en el gran incremento que debe darse á las industrias agrícolas, pues mediante el perfeccionamiento del producto agrícola, encontrará éste salida en los mercados donde se paga bien, y la manera de que obtengan un precio remunerador, es presentando los frutos escogidos, bien conservados y de agradable aspecto, y es por esto que Orellana reducía todo el problema económico de España á una palabra: *Industria* (21), porque, Señores, á esta sola deberían venir á quedar reducidas y transformadas todas las demás fuentes de producción, siendo de todas ellas la principal, porque secándose ésta, se secan todas, y como ésta mane, todas las demás reciben por su conducto alimento y beneficio. A la demostración de esta verdad dedicó la mayor parte de sus trabajos cuyo examen crítico detenido y minucioso no es de este momento, debiendo limitarme á someras indicaciones (22).

La sola enumeración de tantísima monografía, artículos y folletos, las necrologías de los esclarecidos varones Sol y Padrís, D. Nicolás Tous, D. Juan Jaumandreu, D. José Antonio Munta-

das y D. Antonio Escubós (23), las controversias en la *Revista de intereses generales de España* (24), la exposición de principios en largos estudios de erudición asombrosa (25), los trabajos de propaganda, entre los cuales descuella el que lleva el título *La libertad y la esclavitud del trabajo* (26); todo ello es tarea detenida y prolija que fatigaría vuestra atención y haría interminable esta reseña biográfica.

No puedo empero pasar por alto la conferencia sobre el librecambio y la protección, dedicada á las clases trabajadoras, en la que demuestra que la protección no se reduce á la ley de aranceles, ni es tampoco un favor ó privilegio que dispensa el Estado á quien quiere, ni como tal debe aceptarse; es la parte de los deberes que al Gobierno corresponde cumplir en la sociedad, para lo cual se le reviste de facultades que ningún individuo puede ejercer por sí sólo y se le dan los subsidios que exige el interés común. En este sentido el Gobierno es el mayor productor de la nación, su oficio es el de velar por la seguridad de todos, proteger los derechos de todos y procurar el desarrollo y conservación de la prosperidad y riqueza en sus múltiples manifestaciones.

También sería tarea interminable recordar uno tras otro los servicios que prestó Orellana á la

causa del trabajo nacional. Vosotros lo sabéis mucho mejor que yo, especialmente los que le conocisteis en el antiguo Instituto Industrial y en el Instituto de Fomento. Remontémonos al año de 1868, cuya revolución política produjo en el orden económico la reforma arancelaria de 1869.

Alarmadas las grandes industrias con las modificaciones que se introdujeron en el sistema aduanero, fué necesario que Orellana constantemente interviniera, ora agregado á las Comisiones que gestionaron en la Corte, ora influyendo cerca de D. Juan Prim, D. Pascual Madoz, D. Víctor Balaguer y otros personajes de valimiento; trabajando con ardor en el seno de las Comisiones de Diputados y en la Junta de Aranceles, facilitando datos, haciendo oportunísimas observaciones y reparos con los cuales en más de una ocasión evitó medidas desacertadas ó reformas prematuras que hubieran causado algún desequilibrio y perturbación en el mundo mercantil ó arruinado alguna industria. Madoz que le quería mucho, le consultaba como á un oráculo; Prim le escuchaba atónito; y todos oían su respetable opinión en materias económicas con el respeto que inspira un criterio sano, una inteligencia privilegiada, una larga experiencia y el fundamento con que iban robustecidos sus pareceres y consejos, casi

siempre razones de gran peso y una copia de datos, antecedentes y cifras que parecía imposible pudiese retener en la memoria.

Desde 1868 á 1876 trabajó constantemente en el Instituto Industrial y allí, desde un rincón de aquel silencioso gabinete destinado á Secretaría, dirigió durante muchos años todo el movimiento de propaganda de las clases productoras y contribuyentes, y todas las campañas administrativas en que tenían interés, sin que nadie le viera jamás querer figurar ni ostentar sus méritos ni hacer gala de sus conocimientos, ni aun obtener el más insignificante medro personal de sus esfuerzos sobrehumanos, ni sacar partido de la ventajosa situación en que algunas veces le colocara su prestigio personal, sus conocidas prendas de honradez y carácter, y su talento.

No deseó ni obtuvo cargo público retribuído ni codició honores ni mercedes, recibiendo con su frialdad acostumbrada, con su impasibilidad característica, pero una frialdad que ni era desdñosa ni altiva y sí el relieve de dignidad extrema, la cruz de la Orden de Carlos III, con la cual fué honrado en 1877 durante la exposición de productos catalanes que se celebró con motivo de la visita del entonces joven Rey D. Alfonso XII. En el mismo año de 1877 sostuvo una

ruda campaña contra la revisión arancelaria y tomó una parte muy activa en la Información lanera de 1878 y 1879, y con motivo de los trabajos preliminares á que dió lugar dicha Información, tuve ocasión de conocerle y tratarle y cooperar á dichos trabajos bajo su dirección.

Antes de comenzar la Información sobre las consecuencias que produjo la supresión del derecho diferencial de bandera, y sobre las valoraciones y clasificaciones de los tejidos de lana, formada con arreglo á la Ley de Presupuestos del año 1878-79, por la Comisión especial arancelaria creada por Real Decreto de 8 de Septiembre de 1878, los centros de Cataluña interesados en la suerte de la industria lanera, se aprestaron á la defensa y elevaron á la Superioridad varias exposiciones y publicaron trabajos importantes en cuya redacción tomó Orellana parte importantísima.

Más tarde, apareció en Enero de 1879 la contestación á los Interrogatorios formulados por la Comisión, que dió el Instituto Industrial de Cataluña y el Fomento de la Producción Nacional unidos á los centros fabriles de Sabadell y Tarrasa, luminoso informe que firma como ponente nuestro encomiado, y en que se expuso con abundancia de datos lo que convenía al interés de la fabricación de los tejidos de lana.

Terminada la Información escrita, comenzó la Información oral, y en la primera sesión que tuvo lugar el 4 de Noviembre de dicho año, el Sr. Orellana pronunció un notabilísimo discurso (27); sobrio y correcto en la forma, de estilo claro, conciso, pero nutrido de doctrina, de datos y de oportunas consideraciones acerca de la industria lanera.

A mediados de 1879 se fusionaron el *Instituto Industrial de Cataluña* y el *Fomento de la Producción Nacional*, y como resultado de esta fusión nació el *Instituto de Fomento del Trabajo Nacional*, siendo Orellana nombrado Director de la Revista (28), y más tarde, Secretario General de la Corporación.

Los trabajos del *Instituto de Fomento* durante aquel período azaroso y difícil de su existencia, no son para relatados en una sola noche; fué una época de combate continuo, de lucha contra la escuela librecambista, de propaganda, de continuas reformas arancelarias, de tratados de comercio, de exposiciones á los poderes públicos, de idas y venidas á Madrid, período de una actividad inusitada en que Orellana y el que os dirige la palabra, sin separarnos un instante y sin que jamás discrepáramos un ápice en cuestiones de doctrina ni aun de procedimiento, secundábamos

á las distintas Presidencias y á las Juntas Directiva y Consultiva en sus arduas y difíciles tareas.

Hojead las páginas del *Eco de la Producción*, de aquella Revista órgano del Instituto de Fomento, y allí veréis una exposición magistral de las medidas económicas que deben adoptarse para el fomento y desarrollo de los intereses patrios; allí veréis relatada la vida intelectual y las campañas patrióticas de aquella Corporación. No hay asunto que de cerca ó de lejos pueda interesar á las clases productoras, al que no le haya dedicado Orellana algún trabajo escrito con su habitual maestría. La derogación de la Base 5.^a de la Ley de Aranceles de Aduanas de 1869, la cuestión de los vinos, los tratados de comercio y navegación con Francia, con Inglaterra, con las Repúblicas de Centro y Sud de América y otras naciones, asuntos referentes á la cuestión lanera, la agricultura y los tratados de comercio, las tarifas de la contribución industrial, la renta de Aduanas y las verdaderas causas de su aumento ó disminución; la escabrosa y delicada cuestión de las primeras materias; el movimiento del comercio exterior; circulación de mercancías y zonas fiscales; reforma de las Ordenanzas de Aduanas; importancia de los bosques y plantíos; la cuestión del cabotaje; estadística co-

mercantil; tarifas de ferrocarriles; admisiones temporales; el precio del trigo y los derechos de Aduana y situación económica en general; fueron objeto de importantísimos trabajos que es viva lástima anden dispersos (29).

Preocupó constantemente la atención de Orellana entre otros asuntos económico-administrativos el comercio de España con sus provincias y posesiones ultramarinas. Desde 1860 á consecuencia de un viaje que hizo á la Habana trabajó sin descanso para conseguir que este comercio fuese completamente libre de trabas, estableciendo entre España y sus colonias lo que después se ha llamado cabotaje.

La idea partió de él, patrocinóla el Instituto Industrial de Cataluña y posteriormente popularizada en 1882 se consiguió la aprobación de las Leyes llamadas de Relaciones comerciales cuyos efectos han sido la franquicia de los productos antillanos y filipinos en la Península y de los peninsulares en Filipinas, así como también la reducción gradual de derechos para los productos destinados á nuestras Antillas.

Orellana fué el iniciador y el principal organizador de la primera Exposición de artes decorativas y demás aplicaciones á la industria en otoño de 1880. Orellana creó una porción de institucio-

nes útiles, fomentó grandes empresas y aconsejó medidas y procedimientos que enriquecieron á muchos individuos, á clases enteras y redundaron en bien de la nación, y bajo el punto de vista científico merece Orellana más incienso y mirra que la que se consume en el ara de muchos ídolos falsos que ni son el oráculo de Delfos ni la Sibila de Cumas; y de muchas celebridades extranjeras que han alcanzado gran renombre, se encuentra Orellana á la misma altura si no mayor, porque las más notables cosas que exponen en sus obras (30) y pasan hoy por novedad, hace muchos años que nuestro encomiado las había dicho.

En otro país Orellana hubiera alcanzado gloria y fortuna, pero ya que la suerte ó la desgracia quiso que naciera en España y viviera en Cataluña, respetado pero muy humildemente, deploramos no haya desempeñado cargo alguno público, desde donde quizás hubiera prestado mayores servicios al país.

V.

Deseo terminar porque adivino vuestro cansancio, pero no puedo despedirme en esta velada sin antes hacer mención especialísima de una obra que no escribió, bien que su plan y tendencias son conocidas de muchos y con respecto á ciertas ideas que debían exponerse en su desarrollo no conviene permanezcan olvidadas. Procuraré hacer un sencilló resumen. Orellana se había propuesto escribir una historia de la decadencia económica de España. No pudo realizar este trabajo por causas que no son de este lugar y que sería doloroso indicarlas.

Sus más íntimos amigos y los que con él hemos cambiado impresiones en materias de esta índole conocemos los puntos de vista fundamentales del que hubiera sido utilísimo trabajo para desvanecer tanto error y tantísimo disparate como se divulga en materia tan ardua, difícil y compleja. En cambio nos dejó una obra fundamental, admirable, que no debierais olvidar jamás y que

publicó con el humilde título de *Apuntes históricos sobre la Industria Española*, y que constituye una pequeña parte de aquélla.

No ha mucho os decía que todo nuestro desequilibrio económico no proviene del exceso del oro que vino de América, ni el relativamente pequeño movimiento comercial que sustentamos debe atribuirse á nuestra posición en el continente europeo (31). En otras épocas y con igual situación geográfica que ahora, fué floreciente el comercio de nuestras ciudades de Levante, y más desventajosa es si cabe la situación de las Islas Británicas, las que sin embargo, figuran á la cabeza de todas las naciones bajo el punto de vista del tráfico.

Nuestra decadencia en sentir de Orellana no proviene de plétora alguna ni de exceso de elementos de ninguna clase. En el orden agrícola, nuestra nativa pobreza no tanto estriba en las tallas de bosques que desde las guerras de la Reconquista hasta las últimas disensiones civiles han venido sucediéndose sin interrupción, en la desamortización y venta de montes públicos, si que además nos señalaba Orellana con mano maestra la emigración del inmenso personal agrícola hacia las Américas á raíz de su descubrimiento y durante muchos años y aun siglos des-

pués, en que parece que el Gobierno y el país no se preocupaban de otra cosa que de enviar á América el personal más inteligente de nuestros campos y heredades, los ejemplares más escogidos de nuestras especies bovina, caballar y de toda clase de ganado y aves; las semillas é injertos de las mejores plantas y hasta los ejemplares vivos de las más vistosas flores, todo lo cual encontró terreno propicio y se desarrolló de una manera considerable en sus llamadas Indias Occidentales.

Las recientes investigaciones del laboriosísimo Padre Cappa (32) de la Compañía de Jesús han venido á darle la razón haciendo buenas las apreciaciones de nuestro encomiado. Quien lea el *Fomento Agrícola en el Nuevo mundo* (33) y los notabilísimos *Estudios críticos acerca de la dominación Española en América*, verá lo que hizo España, con menoscabo de sus fuerzas y elementos, para fomentar la agricultura y la ganadería en América.

Materialmente hierven los libros de la Casa de contratación de Sevilla, de decretos, de órdenes que se comunicaban por los Gobiernos para que se enviara á América todo lo que hiciere falta, escogiéndose los mejores agricultores y artesanos, los más inteligentes cultivadores y los más buenos mozos de labranza; y como tras esta emi-

gración de la riqueza de más valía de un pueblo que es el personal activo y trabajador, vino una corriente de oro de América, con lo cual pagábamos los productos que consumíamos de las naciones extranjeras que por nuestro conducto explotaron á América mucho mejor que nosotros (34), de ahí el abandono completo de toda clase de labores, manufacturas, cultivos y labranzas, artes y oficios. El personal más vigoroso ó se encontraba conquistando ó colonizando en América ó haciendo odioso el nombre de España en las guerras de Flandes y en las de Italia.

Mientras caminábamos en tan tremenda pendiente, las naciones extranjeras ó se apoderaban de Gibraltar, ó nos hacían firmar la renuncia á la pesca del bacalao en los Bancos de Terranova, ó recababan de nuestros inhábiles diplomáticos las mayores concesiones en los tratados de Utrecht ó nos colocaban en situación desairadísima en Osnabruch y Munster.

Bien es verdad que durante el reinado de Carlos III renació la España que había muerto ó poco menos bajo Carlos II, empero cuando todas las grandes nacionalidades durante este siglo han emprendido una marcha vertiginosa en el progreso material que las ha llevado á una gran supremacía industrial y mercantil, nosotros débiles

todavía nos hemos quedado visiblemente rezagados.

Para Orellana, todo ello tiene remedio y aun puede ser España la gran nación de otros tiempos, y este remedio está en una palabra, *industria*. Y voy á concluir sintiendo en el alma que Orellana no nos dejara escritas las brillantes páginas en que deseaba explicar de qué manera la industria debía transformar y vivificar este país; y yo quiero hacerme intérprete de su pensamiento, bien que ahora será pálido reflejo de las ideas que brillaban luminosas en su mente.

La agricultura como producción espontánea ha de ceder su puesto á la industria agrícola que bajo la acertada dirección del hombre obtiene de la tierra lo que quiere (35); y el comercio que activa toda la vida social, sólo será cuantioso, considerable, inmenso, cuando nuestra producción sea intensa, variada, exuberante; baste á las necesidades del país y tenga sobrante para hacer crecer indefinidamente nuestras exportaciones (36). Así recobramos nuestra independencia monetaria (37), enjugaremos nuestro déficit y nos emanciparemos del yugo financiero de los extranjeros.

¡Ah, Señores! Siempre hemos de ir á parar á lo mismo; lo fundamental es que la producción sea lozana y robusta, que todo lo demás vendrá como

consecuencia de ello; y para lograrlo es necesario fomentar todas las industrias sin excepción y sin distinguir entre indígenas ni exóticas. No se puede hablar ya de industrias indígenas ni exóticas cuando vemos producirse el azúcar en Francia y Bélgica, en Holanda y en Rusia, tan económicamente como en las Antillas, cuando Inglaterra viste de indianas á la India con algodones de esta procedencia y revende á la Australia sus propias lanas, convertidas en paños, cuando los residuos de la fabricación del cok se transforman en bellísimos colores, la sal común en barrilla y el aire atmosférico en productor de acero fundido.

No se hable de industrias indígenas sobre todo en España mientras nuestras fábricas de tejidos no consuman hilazas españolas, hechas con linos y cáñamos españoles; mientras Valencia no dispute á Lyon el imperio de la sedería; mientras el esparto de Alicante viaje á los fríos países del Norte para volver haciendo guerra á nuestras fábricas de papel; mientras necesitemos comprar á los ingleses los cobres originarios de Cuba ó de Río Tinto; á los belgas el zinc metálico extraído de las minas de Santander, á los alemanes los cañones fundidos con el mineral de Vizcaya.

Es más, no se enjugará nuestro déficit, ni se pagarán dignamente todos los servicios del Es-

tado, ni figuraremos como corresponde á nuestro orgullo en los Certámenes internacionales ni en los Congresos europeos, ni, en una palabra, seremos considerados como nación, ricos y poderosos, cual debemos serlo á toda costa, mientras los ingleses elaboren nuestro mineral de hierro y los franceses nuestros vinos; mientras una mano vigorosa no remueva nuestros criaderos de Utrillas, Gargallo y Asturias, y hasta que seamos los únicos que elaboremos el cobre, el plomo, el azogue, el níquel, el cobalto y el amianto de que abundan y rebosan nuestras montañas; mientras no convirtamos á España entera en un taller aprovechando todos los elementos que nos deparó la naturaleza, desde el agua que discurre por los cauces y la que salta por las cascadas á las miriadas de pececillos que aovan en las costas de la Península, de Canarias y Santa Cruz Mar Pequeña; mientras ondee imperiosa la bandera extranjera que se apodera de nuestro tráfico en las Provincias y Posesiones de Ultramar y mientras nuestras exportaciones de productos elaborados no puedan atraer con el poder mágico que tienen los pueblos más adelantados sobre los más débiles en industria, todo el río de oro que se nos fué y que guardan en sus arcas los banqueros de París y de Londres, y figurando en primera línea

como nación industrial y recobrando nuestra supremacía económica, desde el Océano Indico á las últimas costas que baña el Atlántico, desde los últimos confines asiáticos hasta el estrecho de Behering y desde allí á todos los países en que aun se reza y se cuenta en la hermosa lengua castellana, en todas las que algún día fueron provincias ó colonias españolas pueda en el porvenir, el que rija los destinos del país, al ver que en todos los puertos ondea la bandera española y que en las cinco partes del mundo hay frutos y productos que lleven la marca española, exclamar orgulloso el célebre *non plus ultra* y que todavía en los dominios españoles jamás se pone el sol.

HE DICHO.

APÉNDICE Y NOTAS

Á LA BIOGRAFÍA DE

D. FRANCISCO JOSÉ ORELLANA.

(1) Ni todos los proteccionistas son catalanes, como no lo fueron D. Manuel María Gutiérrez (traductor de la conocida obra de Bertrand Barrere, *Libertad de mares ó el Gobierno inglés sin máscara*. Madrid, 1841. Imprenta de Palacios), ni D. Angel Villalobos, ni D. Genaro Morquecho y Palma, Rodríguez San Pedro, etc.; en cambio han nacido en Cataluña D. Laureano Figuerola, D. Joaquín María Sanromá, D. Luis M.^a Pastor y D. Félix de Bona. La mayor parte de los redactores de la *Verdad Económica*, excelente Revista proteccionista que se publicó en Madrid en 1861, eran de la Corte y provincias no catalanas.

(2) Nació Orellana en Albuñol, pintoresca población de las Alpujarras, en 6 de Agosto de 1820. Allí aprendió las primeras letras, el latín y algo de francés y dibujo, y apenas cumplidos los doce años, pasó á Granada, en cuya Universidad cursó Filosofía y Leyes, padeciendo los más rudos vaivenes de la suerte. (Véase la reseña biográfica de Orellana, publicada en el *Economista Español* de 1.^o de Febrero de 1891, pág. 199.)

(3) Los moriscos estaban dedicados al ejercicio de la agricultura, del comercio, de los oficios mecánicos y de las artes útiles de que habían llegado á hacerse casi los dueños; habitaban, en lo general, en lugares pequeños y en tierras estériles, y á pesar de ello eran ricos, mientras los cristianos cultivando las tierras más fértiles, se hallaban en la mayor pobreza. Y no faltan autores que hacen acusación de sus hábitos de trabajo y economía, cuando deberían presentarlos como un mérito, de cuya falta no se libró ni el mismo Cervantes. (Lafuente, *Historia de España*, edición de Barcelona, Montaner y Simón, t. XI, 1888, página 135 y siguientes á 145.)

(4) La agricultura bajo los árabes adquirió gran desarrollo. A su iniciativa, debemos la introducción en nuestro suelo de gran número de árboles frutales, especialmente el almendro, el albaricoque, el albrichigo, el alquequenje, etc. Su sistema de riegos es admirabilísimo, y aun hoy pueden notarse huellas del mismo en todos los puntos donde su ocupación fué duradera, como puede observarse en las ruinas de las obras de canalización de muchos ríos que discurriendo sus aguas por ásperas cañadas fueron sangrados y canalizados, formándose acequias para el riego y conservación de la humedad en las tierras altas y bajas. En muchos pueblos de Andalucía, de Valencia, de Castilla, de Extremadura, se conservan los nombres que recuerdan la civilización árabe y sus benéficos efectos. En algunos pueblos se paga todavía bajo diferentes formas la *alfarda* y *alfardilla* ó sea el tributo por el derecho de aguas de algún término, y el impuesto para la conservación de las acequias. Igualmente se conserva de un modo imperfecto el sistema para elevar las aguas por medio de norias, y para conservarlas en estanques y depósitos, y aun hoy decimos el *aquid* que sangra los ríos, el *alfarje* que se emplea en los molinos de aceite, etc.

(5) A. Sedillot en su notable obra *Histoire générale des Arabes*, 2.^o édition, t. I, París. Maisonneuve 1877,

da cuenta del estado de esplendor que alcanzó aquella civilización, del bienestar de todas las clases sociales, como consecuencia de la hábil dirección que recibieron la agricultura y la industria por impulso de los Reyes de Granada. Tuvieron éstos especial empeño en que los artículos más necesarios á la vida humana permaneciesen á bajo precio; regularon sabiamente los impuestos para favorecer el desarrollo de las manufacturas y estimular la inventiva de los artesanos. Véase tomo I de dicha obra, página 403, ant. et post. y tomo II, página 124 y siguientes.

(6) Todo el sistema de riego que existe hoy día en Valencia y en otras poblaciones del Sud de España es el mismo que el de los árabes, sin casi modificación alguna. Las acequias (*ssagayah*) ó canales de regadío, que aun se encuentran hoy á partir de la provincia de Castellón, fueron construídas ó empezadas por ellos, lo mismo que los graneros subterráneos llamados silos.

(7) Vide Casiri, *Bibliotheca Arabico Hispana-Escorialensis*, sive librorum omnium Ms. qs. Arabia, etc. Recensio et explanatio opera et studio Michaelis Casiri, tomus posterior.—Matriti. Antonius Perez de Soto imprimebat anno MDCCCLXX, página 248 y siguientes.

(8) Hablando de Abderramán III, dice Dozy (*Historia de los Musulmanes Españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides*, traducida y anotada por F. de Castro, tomo III, pág. 113) que á despecho de innumerables obstáculos, salvó la Andalucía de sí misma y del dominio extranjero, la hizo renacer más grande y más fuerte que nunca y la procuró orden y prosperidad en el interior, y fuera, consideración y respeto. El Tesoro público que encontró en una situación deplorable, estaba en un estado excelente. Un tercio de los ingresos del imperio que se elevaban cada año á seis millones doscientas cuarenta y cinco mil monedas de oro, bastaba para los gastos ordinarios; otro tercio quedaba de reserva, y el

tercero lo destinaba Abderramán á su escuadra. Se calculaba que el año 951 tenía en sus cofres la enorme suma de veinte millones de monedas de oro, así que un viajero hacendista asegura que Abderramán y el Hamdamita, que reinaba entonces en la Mesopotamia, eran los príncipes más ricos de esta época. El estado del país estaba en armonía con la próspera situación del Tesoro público. Agricultura, industria, comercio, artes, ciencias, todo florecía. El extranjero admiraba en todas partes campos bien cultivados, y ese sistema hidráulico ordenado con tan profunda ciencia, que hacía fértiles las tierras en apariencia más ingratas. Maravillaba el orden perfecto que, gracias á una vigilante policía, reinaba hasta en los distritos menos accesibles. Asombraba el bajo precio de los géneros, pues los más deliciosos frutos estaban casi de balde. Numerosas y diversas industrias enriquecían á Córdoba, Almería y otras ciudades. *El comercio habia adquirido tal desarrollo, que según la relación del Director general de Aduanas, los derechos de importación y exportación constitulan la parte principal de los ingresos del Estado.*

Consúltese además *The History of the Mohammedan dynasties in Spain extracted from the Nafh-n-T-Tib Min Ghosni - L - Andalusi - R - Rattib Wa Tárikh Lisam - D-Din Ibni - L - Khat - tib - by Ahmed ibn Mohammed Al-makkari translated etc. By Pascual de Gayangos - 2 vol. London - 1^{er} tomo - MDCCCXL. págs. 84 y siguientes, y además The History of the Mahometan Empire in Spain containig á general History of the arabs their institutions conquest, literature, arts, sciences and manners to the expulsion of the moors - designed as an introduction to the arabian antiquities of Spain By James Cavanah - Murphy - London - 1816. Para el estudio de la civilización árabe véase también *Arabian civilization in Spain - t. 2, página 275 y siguientes de la obra de Henry Coppée - History of the Conquest of Spain By the Arab - moors - Boston. Sittle, Brown et Company - 1881.**

(9) Véanse Reales Cédulas de Erección y Ordenanzas de los tres Cuerpos de Comercio de el Principado de Cataluña que residen en la Ciudad de Barcelona.—Con licencia.—En Barcelona.—Por Francisco Suriá.—Impresor.—Año de 1763.

(10) *El Instituto Industrial de Cataluña* defendió constantemente los intereses generales del país y propagó los principios proteccionistas, formulados en aquel *Voto particular de varios vocales de la Junta revisora de Aranceles, creada por Real orden de 10 de Febrero de 1847.*—Barcelona. Imprenta de Grau, 1849. Los doce principios fundamentales relativos á la protección que debe dispensarse á la industria aparecen formulados en las primeras páginas de este importantísimo documento y vienen á ser el programa del Instituto Industrial de Cataluña, que sucedió á la *Comisión de Fábricas del antiguo Principado de Cataluña*, la que habia sucedido á su vez á la M. I. Junta de Fábricas de Cataluña.

(11) La palabra Aduana deriva de *Adayuán*, así como la frase Arancel del vocablo árabe *Alamçila*. Igual origen tienen la palabra Tarifa, del árabe *tarif*, *almo-xarifazgo*, etc., etc.

(12) *La Exposición Universal de París en 1867 considerada bajo el aspecto de los intereses de la producción española en todos sus ramos de agricultura, industria y artes* por D. Francisco J. Orellana—Barcelona, librería de Manero, 1867. Un tomo de 606 páginas que comprende una reseña detallada de la Exposición y un examen comparativo de las condiciones de cada una de las industrias allí representadas en España y en el extranjero. Es un trabajo colosal en el que demostró Orellana sus conocimientos enciclopédicos.

(13) *Reseña completa descriptiva y crítica de la Exposición industrial y artística de productos del Principado*

de Cataluña, improvisada en Barcelona para obsequiar á S. M. la Reina D.^a Isabel II y á su Real Familia con motivo de su venida á esta Ciudad, escrita por D. Francisco José Orellana—Barcelona, tipografía de Jepús, 1860, 254 páginas. En este opúsculo anuncia Orellana que si la primera Exposición celebrada en Barcelona por razón de haber sido improvisada no pudo mostrarse con magnificencia, andando el tiempo se celebrarían otras que revelarían nuestra pujanza industrial. La profecía de Orellana se ha cumplido y la Exposición Universal de 1888 celebrada en Barcelona anuncia un gran triunfo industrial.

(14) Véase *Demostraciones de la verdad de la Balanza Mercantil y causa principal del malestar económico de España* por D. Francisco José Orellana—Barcelona, Establecimiento tipográfico de Ramírez, 1867, folleto de 128 páginas. Indudablemente es esta una de las obras más notables de Orellana.

(15) Véanse las obras de D. Antonio Cánovas del Castillo.—*El concepto de nación*. Problemas contemporáneos, tomo II, Madrid, 1884, especialmente página 50 y siguientes y las *Ideas sobre el librecambio y la Economía política en general á propósito de un tratado de comercio*, tomo citado, páginas 475 á 497. Véase también *La Economía política y la democracia economista en España*—Problemas contemporáneos, tomo III, página 607 y siguientes, *Necesidad de proteger á la par que la de los cereales la producción española en general*, tomo citado, pág. 256 y siguientes, y *De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista*, tomo citado, página 405 y siguientes.

(16) Acerca del sistema de agricultura fundado sobre un sistema de manufacturas, véase *Principios de Economía política* por Herrenschwand, traducidos del francés al castellano por D. Juan Smith—Madrid, Imprenta de Vega y Compañía, año 1800. Esta obra se publicó en Londres en 1786 y después en París en 1794. Puede consultarse

con fruto el capítulo que trata del *Sistema de agricultura relativa fundado sobre un sistema de manufacturas*, página 51 y siguientes.

(17) Cánovas en *La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios—Problemas contemporáneos*, tomo III, página 297 y siguientes, dice: «Conviene ante todo reconocer pues importa, que muchos de los males, que tocante á ella padecemos, directamente proceden de la naturaleza. Irregulares lluvias ó bien torrenciales é importunísimas ó bien insuficientes; suelo quebrado» etc., haciendo ver que de la mayor parte de nuestras desventajas hay que acusar á la naturaleza que no al hombre.

(18) *La crisis agrícola y pecuaria—Información oral y escrita para estudiar la crisis por que atraviesan la agricultura y la ganadería*—Publicación oficial, 7 tomos, Madrid 1887 y 1888. Basta leer los informes que en estos tomos aparecen para convencerse de que nuestra Península no es la tierra de promisión ni siquiera puede llamarse privilegiado nuestro suelo.

(19) Véase el precioso libro intitulado *La crisis agraria europea y sus remedios en España*, por D. Joaquín Sánchez de Toca. Madrid, 1887, un vol. de 412 páginas. En esta obra se reconoce que el Arancel de Aduanas ofrece contra la presión de las importaciones, más inmediatos y eficaces recursos de defensa que ningún otro procedimiento económico, y se declara que ningún recurso de defensa es tan eficaz como los que podemos nosotros desenvolver en la vida interna de nuestra patria, cuya prosperidad económica descansa ahora en llegar á bastarse á sí misma. En igual sentido proteccionista está escrito el no menos estimable libro denominado *La política Económica de España*, por D. Anselmo R. de Rivas. Madrid 1889. Un tomo de 408 páginas. En esta obra se hace una excelente exposición de la doctrina proteccionista, y

es una de las más notables que ha producido la literatura económica en estos últimos tiempos. Lo propio diremos del libro de D. Eduardo Sanz y Escartín, *La cuestión Económica*. Madrid, 1890.

(20) Puede consultarse sobre este particular el curiosísimo libro de D. Miguel López Martínez, *El absentismo y el espíritu rural*. Madrid, Tipografía de Manuel Ginés, 1889. Un tomo de 443 páginas.

(21) Orellana había demostrado que uno de los medios más eficaces para arraigar industrias en un país es la protección arancelaria, la cual, según había demostrado E. Peshine Smit (*Manuel d'Economie politique*, traduit de l'anglais par M. Camille Baguet. París, Guillemain 1854, página 339), impone un sacrificio real ó aparente muchas veces sobre los productos, gravando las importaciones extranjeras, cuyo sacrificio decrece de día en día á medida que progresa la educación de los obreros. A su vez esta protección, promoviendo el desarrollo de las industrias, influye en el aumento de la población y empleo de toda clase de actividades, y acrecentamiento de la riqueza y del capital en dinero. Véase sobre este particular Enrique Carey, *Principios de la ciencia social*, de la cual se ha publicado un Extracto, de la edición de Filadelfia de 1883, por D. Miguel Cabezas. Madrid, establecimiento tipográfico de R. Fé, 1888.

(22) Entiendo que Orellana es entre los modernos escritores, digno sucesor de aquellos esclarecidos economistas de los siglos XVI y XVII, de Bernardo Ward, Joseph de Veytia, Antonio de Herrera, Navarrete, Martínez de la Mata, Alvarez Ossorio, Campomanes, Moncada, Damián de Olivares, Cevallos, Ustáriz, Bernardo Ulloa, Joseph Gutiérrez de Rubalcava, Antúnez y otros. Durante muchos años, ningún trabajo importante sobre cuestiones económicas en general y arancelarias en particular, procedente de Cataluña, se envió á los centros directivos y á los con-

sultivos, ni se dió á la estampa, sin que Orellana hubiese intervenido en su redacción ó cuando menos sido consultado sobre el particular.

(23) A Orellana debemos una interesante biografía de D. José Sol y Padrís (publicada en la *Revista de Cataluña*, periódico quincenal de historia, ciencias, artes, etc., t. I. Barcelona, librería de Manero, 1862, págs. 36 á 46); otra biografía de D. Nicolás Tous y Soler (Tributo dedicado á la memoria de D. Nicolás Tous y Soler por el Instituto Industrial de Cataluña. Barcelona, imprenta de Narciso Ramírez y Compañía, 1871). También se debe á la pluma de nuestro encomiado un Tributo á la memoria del Excelentísimo Sr. D. Juan Jaumandreu (Manuscrito. Archivo del Instituto de Fomento del Trabajo Nacional, Barcelona) y una *Memoria necrológica* de los señores D. José Antonio Muntadas y D. Antonio Escubós, que se leyó en la sesión que le dedicó el Instituto de Fomento del Trabajo Nacional el día 1.º de Marzo de 1881, y de que se da cuenta en la Revista *El Eco de la Producción*, número de 1.º Abril de 1881.

(24) Véase *Revista de intereses generales de España* (número de 16 de Junio de 1862, págs. 166 á 173). Con el título de la protección y el librecambio, empezó por establecer las racionales diferencias entre el librecambio y la libertad de comercio; demostrando los efectos de la protección sobre el comercio (número de 1.º de Agosto de 1862, página 121 y siguientes). En ella sostuvo brillante discusión con D. R. Molina (Revista citada de Agosto de 1862, página 135 y siguientes). Hay que leer la interesante polémica (Revista citada, número de 1.º de Noviembre de 1862, páginas 256 á 269) comenzada por D. R. Molina y continuada con D. Segismundo Moret (Revista citada, número de 16 de Febrero de 1863, páginas 179 á 184 y siguientes y número de 25 de Marzo del mismo). También publicó atinadas Reflexiones Económicas en la citada Revista, número de 25 de Abril de 1863, páginas 194 á 199.

(25) Orellana dió unas conferencias en el *Ateneo Barcelonés* durante el curso de 1861 á 1862, con el título *La industria en sus relaciones con la civilización*, que encierran un cuerpo de doctrina y de erudición apreciabilísimos.

(26) *La libertad y la esclavitud del trabajo*. Conferencia sobre el librecambio y la protección dedicada á las clases trabajadoras por un hombre del pueblo. Barcelona, establecimiento tipográfico editorial de Salvador Manero, 1868, folleto de 31 páginas. En este opúsculo se explica lo que debe entenderse por libertad de comercio, por librecambio y monopolio del comercio, y se demuestra que el librecambio es la tiranía y la centralización universal. También se explica lo que es la protección, y se define la alianza que forman entre sí todos los productores de un país para garantizarse mutuamente la libertad de trabajar y progresar.

(27) Vide Información sobre las consecuencias que ha producido la supresión del derecho diferencial de bandera y sobre las valoraciones y clasificaciones de los tejidos de lana, formada con arreglo á los artículos 20 y 29 de la Ley de Presupuestos del año 1878-79 por la Comisión especial arancelaria creada por Real Decreto de 8 de Septiembre de 1878, tomo II. Madrid, 1879. El Informe de los centros unidos en defensa de la industria lanera, en el cual tanto trabajó el señor Orellana, aparece en la página 75, y el discurso del mismo señor Orellana informando ante la Comisión especial arancelaria aparece en las páginas 229 y siguientes de dicho tomo.

(28) Véase *El Eco de la Producción*, Revista de intereses económicos y conocimientos útiles, órgano del *Instituto de Fomento del Trabajo Nacional*, dirigida por Don Francisco José Orellana. Barcelona, 1880. Véase el primer artículo programa, que es una enumeración de las medidas económicas y del sistema que debe adoptarse en España para el fomento y desarrollo de nuestra riqueza.

(29) Véanse entre otros artículos *Un paseo por América*.—*Eco de la Producción*, número de 1.º de Octubre de 1880, página 309 y siguientes.—*Lo que debiera ser la reforma del Arancel de Aduanas de Cuba*, número de 16 de Octubre de 1880, y la *Exposición al Ministro de Ultramar* sobre los Aranceles de Cuba y Puerto Rico, número del 16 de Diciembre de 1880.— Véase además el *Eco de la Producción*, página 404, tomo VII, 1887, y pág. 408, id.

Acerca de la Exposición de artes decorativas y sus aplicaciones á la industria, véase el tomo II del *Eco de la Producción*, pág. 22, y también son dignos de consultarse los trabajos que aparecen en la citada Revista, tomo II, páginas 56 y 153.

Orellana pensaba escribir una historia de la decadencia económica de España y señalar las causas de nuestra inferioridad mercantil, condoliéndose de los errores lamentables en que suelen incurrir la mayoría de escritores cuando tratan estos asuntos. Comenzó Orellana acumulando materiales para dicha historia y publicó un trabajo magistral con el título *Apuntes históricos sobre la industria española*. *Eco de la Producción*, tomo II, págs. 313 y 344.—Minería y metalurgia, pág. 377.—Industrias químicas y sus afines, pág. 409.—Sederías, pág. 441.—Industrias linaera y cañamera, pág. 505.—Industria lanera, pág. 537.—Industria algodonera, pág. 569.—Conclusión, pág. 601.

Acerca de la cuestión de los Tratados, véase el *Eco de la Producción*, tomo II, 1881, pág. 307, y tomo VI, pág. 412. Artículos sobre la cuestión de los vinos y el Tratado de comercio con Inglaterra y las Exposiciones sobre el Tratado con la Gran Bretaña, y por fin deberían recopilarse los trabajos que van dispersos y que aparecen insertos en donde se indica á continuación.

Eco de la Producción, tomo IV, 1884, pág. 475, y t. V, 1885, p. 121.—Id. id., p. 257 á 281.—Id. id., t. VI, p. 669 y 696.—Id. id. id., p. 774 y siguientes y 852.—Id. id., tomo VII, 1887, p. 233.—Id. id. id., p. 344.—Id. id., tomo II, 1881, págs. 690 y 714, y III, págs. 215 á 218.—Id. id., t. III, 1882, p. 44.—Id. id. id., 1882, p. 78 y 139.

—Id. id. id., p. 177, 209 á 390.—Id. id., t. IV, 1883, páginas 25, 120, 184 y 257.—Id. id. id., p. 89 y 113.—Id. id., tomo IV, 1883, p. 300.—Id. id., año VIII, n.º 134, p. 1.—Id. id., n.º 10 de Agosto, 1887.

El último trabajo económico de Orellana aparece en la *Reforma Arancelaria y los Tratados de Comercio*. Información oral de la Comisión creada por Real Decreto de 10 de Octubre de 1889, publicación oficial. Madrid, sucesores de Rivadeneyra, 1890. Discurso pronunciado en la Sesión del día 9 de Junio de 1890 sobre los Tratados de Comercio, tomo III, página 176 y siguientes.

(30) Orellana había estudiado la cuestión de la Balanza Mercantil bajo todos sus aspectos, y conocía á fondo el problema monetario, cuyas conclusiones le llevaban derechamente á la necesidad de la protección, como recientemente le ha ocurrido á Jules Domergue (*La Révolution Economique*, avec une lettre préface de J. Méline, 4.ª édition. París, 1890). Hoy los economistas estudian los fenómenos de la balanza comercial bajo todos sus aspectos y aprecian una porción de factores que dejaban á un lado ó de que prescindían los adversarios de la teoría de la balanza comercial, la cual recibe cada día nuevo vigor y apoyo. Puede consultarse con fruto el excelente trabajo de Chailley Bert, *Fenómenos de la balanza comercial*. *The Financial Chronicle*, y el de Samuel Montagu, *Peligros del sistema financiero moderno*, *El agio del oro*, de D. M. Barón Fortacín, la obra de Giovanni della Bona, *Delle Crisi Economiche*, Torino, 1888; y por lo que respecta á España, véase el notable trabajo de D. Juan de Dios Blas, *El Debe y el Haber de la Nación*. Madrid, 1892. Además, debe observarse que en confirmación de lo que Orellana sostenía en sus obras, recientemente la Sociología contemporánea ha demostrado que las industrias jamás han nacido espontáneamente y por arte de encantamiento como quiere suponerse, y un estudio atento del desenvolvimiento de la civilización bajo el punto de vista económico, en las obras de Hellwald, Letourneau, etc., nos

demuestra que la industria es hija de las necesidades del hombre, y que no depende de las condiciones del suelo sino de las cualidades del hombre.

(31) En un artículo publicado en la *Revista de navegación y comercio*—Madrid 10 de Febrero 1892, año IV, número LXXXII, se indica que la causa de nuestra inferioridad comercial estriba en que España se encuentra en un extremo de Europa teniendo delante el Noroeste de África, país semibárbaro, casi sin comercio, industria ni cultura. El autor de dicho artículo observa que por Francia se va de Italia y de Suiza á Inglaterra, de ésta á Alemania, de Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza y la Italia del Norte á España y por Francia cruza no sólo gran parte del comercio entre dichas naciones sino también del que existe entre el Mediterráneo y el Atlántico y viceversa. Cruzando España por tierra sólo se va á Portugal, de modo que el inmenso comercio de tránsito, gran riqueza de otros pueblos, es entre nosotros insignificante.

(32) P. Ricardo Cappa, de la Compañía de Jesús—*Estudios críticos acerca de la dominación Española en América—Industria agrícola, pecuaria, llevada á América por los Españoles*—Madrid 1890. Librería Católica de Gregorio del Amo.

(33) *Fomento Agrícola en el Nuevo mundo*, por el P. Cappa de la Compañía de Jesús. Estudios críticos de la dominación Española en América—Madrid 1890.

(34) El Licenciado Jerónimo de Cevallos en su *Arte Real* nos dice: «Y así no se halla en España moneda de oro ni plata porque con la mercancía que se mete de fuera la sacan. Y lo peor es que no tienen que ir á las Indias por ello los extranjeros, porque los nuestros se lo traen sirviéndoles España de puente en que se embarcan sin peligro ni flete; y como la moneda de plata y oro que corre en España, tiene más valor fuera de ella, es fuerza que la hayan

de sacar por la granjería que hallan dejándonos en su lugar cuartos falsos.»

(35) Acerca de lo que puede hacer la iniciativa privada en beneficio de la agricultura por medio de las sociedades agrícolas que se formen en España, véase el excelente artículo que con el título de «España y Francia» publicó en el *Diario de Barcelona* de 28 de Febrero de 1892 D. Juan Mañé y Flaquer.

(36) Las eternas quejas de los agricultores vienen á parar substancialmente siempre en lo mismo, en que los Gobiernos cumplan sus deberes con respecto á esta fuente de riqueza que con tanto cariño cultivaron los árabes. Véase un resumen de las aspiraciones de los agricultores en *La controversia económica en 1859* de D. Genaro Morquecho y Palma—Madrid 1860, pág. 335 y 254 y siguientes.

(37) Acerca de la cuestión monetaria puede consultarse el excelente trabajo de D. Eudaldo Viver, *Introducción al Estudio de la cuestión monetaria* con un prólogo de Don Federico Rahola—Barcelona 1892, I tomo de 272 páginas.

